Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

https://archive.org/details/estudios1516unse

ESTUDIOS

EDITORIAL: "SINDICALIZACION CAMPESINA". — GEORGES BERNANOS: "EL MUNDO DE MAÑANA". — PABLO ANTONIO CUADRA: "ENTRE LA CRUZ Y LA ESPADA". — LUIS FELIPE VIVANCO: "MANUEL MACHADO, EL POETA DE ADELFOS, 1874-1947". — KARL VOSSLER: "POESIA DE LA SOLEDAD EN ESPAÑA". — ROQUE ESTEBAN SCARPA: "LAS ELEGIAS - EL DESOÑADO". — CRISTAL DE LIBRERIA.

LA AGUJA DEL TIEMPO: El porvenir del Hombre — Selección más o menos natural — Delicadeza de sentimientos, o la culpa no es de nadie — Lamennais de actualidad — Jugando a los soldados — ¿Libertad religiosa?

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 29 1987
THEOLOGICAL SEMINARY

168

Santiago de Chile ENERO DE 1947

ESTUDIOS
Mensuario de Cultura General

Director:
JAIME EYZAGUIRRE
Sub-Director:
JULIO PHILIPPI
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	$	85.—
" " " " EXTRANJERO . . .	Dólares	3.—
NUMERO SUELTO	$	8.40
" ATRASADO		9.—

AÑO XV — Nº 168 ENERO DE 1947

A LA HORA DE ONCE

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y AGRADABLE EN

"LA NOVIA"

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

"SINDICALIZACION CAMPESINA" (Editorial), pág. 3. — "EL MUNDO DE MAÑANA", por Georges Bernanos, pág. 5. — "ENTRE LA CRUZ Y LA ESPADA", por Pablo Antonio Cuadra, pág. 16. — "MANUEL MACHADO, EL POETA DE ADELFOS, 1874-1947, por Luis Felipe Vivanco, pág. 32. — "LA POESIA DE LA SOLEDAD EN ESPAÑA", por Karl Vossler, pág. 41. — "LAS ELEGIAS - EL DESOÑADO", por Roque Esteban Scarpa, pág. 62. — CRISTAL DE LIBRERIA, pág. 72.

LA AGUJA DEL TIEMPO: El porvenir del Hombre, pág. 64; Selección más o menos natural, pág. 64; Delicadeza de sentimientos, o la culpa no es de nadie, pág. 65; Lamennais de actualidad, pág. 66; Jugando a los soldados, pág. 67; ¿Libertad religiosa?, pág. 68.

Nº 168 ENERO DE 1947

Nuevos Libros

Una gran variedad dentro de la calidad más selecta ofrecen nuestras novedades editoriales.

EL ABATE MOLINA, por Januario Espinosa. Trazos agradables y seguros, que perfilan la personalidad de uno de los primeros sabios de Chile. Un prólogo de singular riqueza histórica, escrito por D. Francisco Antonio Encina, proclama el triple mérito de este libro. $ 60. Empastada: $ 100.

LOS HIJOS DEL SOL, por Rafael Emilio Housse. Historia, religión, ideales y costumbres de los indios quichuas del Perú, estudiados y descritos con la reconocida maestría del mismo autor de "Cristo Jesús". Un volumen de Biblioteca "Estrella". $ 70.

ANTOLOGIA POETICA DE RUBEN DARIO. Selección de Norberto Pinilla, realizada con gran acierto en un volumen de Biblioteca "Zig-Zag". Toda la fuerza creadora de Darío se percibe en este libro destinado a iniciar al lector en la poesía del Maestro. $ 10.

ENTRE ESPADAS Y BASQUIÑAS, por Hermelo Arabena W. A los Colegios Primarios y Secundarios, a las Instituciones Armadas, a los Centros Obreros y a toda persona culta que ame esta tierra, ofrecemos estas Tradiciones Chilenas, fruto de talento, de verdad e historia. Un volumen de Biblioteca "Estrella". $ 70.

LA JORNADA DE LA MUERTE, por Mayne Reid, Aventuras que galopan en las praderas del oeste de Estados Unidos, entre búfalos, sol y pieles rojas. Un volumen de Colección "La Linterna". $ 10.

POR SALVAR A UNA MUJER, por Dornford Yates. Una aventura que cautiva por la simpatía de sus protagonistas, la alcurnia de los personajes y el ambiente magnífico de la Europa Central, en el cual se desarrolla. Un volumen de Colección "Mi Libro". $ 10.

EL PULGAR DEL INGENIERO, por A. C. Doyle. Vuelve el talento del autor a plantear la poderosa interrogante de todas sus narraciones. Un volumen de Colección "La Linterna". $ 10.

EL SEGUNDO ABC DE JUAN Y JUANITA, por Amanda Labarca H. El broche de oro de la jornada de tres meses iniciada con "El primer abc" y gracias a la cual es posible la iniciación de la lectura y escritura bajo la dirección del maestro, de la madre o de cualquier adulto. Volumen en rústica: $ 15. Edición de lujo: $ 30.

Precios: en el exterior calcúlese U.S. $ 0.04 por cada peso chileno.

Despachamos contra reembolso para Chile, sin gastos de franqueo para el comprador. En todas las buenas librerías.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

SINDICALIZACION CAMPESINA

Los problemas sociales, de por sí complejos, se oscurecen aún más cuando constituyen el campo de lucha entre intereses políticos inmediatos. Y eso es lo que sucede con la sindicalización campesina.

Encierra esta cuestión, tan debatida hoy día, dos aspectos que es necesario diferenciar: su alcance electoral, y la cuestión de fondo, consistente en la necesidad de incorporar en forma más activa a la masa campesina en nuestra vida social. Este doble carácter complica las posiciones que han adoptado frente a la materia los poderosos grupos en lucha. Tanto los partidarios como los contrarios a la sindicalización esgrimen razones y argumentos en muchos sentidos verdaderos, pero que, por referirse a planos distintos, no se excluyen y son incompletos. Es ese hecho, precisamente, el que da al asunto el complejo y oscuro carácter que ha tomado.

Enfocada la materia en sus líneas generales, es indudable que nuestra población campesina no ha sido incorporada aún en la vida social activa. Constituye un sector que, como consecuencia del régimen de inquilinato, de nuestra extensa geografía y de sus difíciles medios de comunicación, ha llevado un ritmo de evolución social mucho más lento que el obrero de las ciudades. Pero, por otra parte, ese mismo hecho ha permitido conservar muchos valores de gran importancia, herencia de una tradición cristiana. El "huaso" no sabrá todavía de reivindicaciones sociales, de organizaciones de resistencia, de lucha y derechos, pero, en cambio, mantiene una personalidad vigorosa y un buen sentido ya borrados en la masa gris y uniforme del obrero de la gran ciudad.

Frente a este doble hecho, los bandos se agrupan en posiciones intransigentes, que amenazan causar grave daño. El comunismo, por una parte, fiel a su criterio marxista, estima que sólo puede elevarse el nivel del campesinado incorporándolo violentamente en la lucha social moderna. No le importan los medios; lo esencial es causar agitación y forzar a los individuos a alinearse en la lucha de clases. Y aquí aparece de manifiesto la finalidad política inmediata: no interesa el bienestar del obrero agrícola, lo que importa en su proletarización espiri-

tual y en masa, con el objeto de arrebatar fuerzas electorales.

Los daños y riesgos de semejante posición saltan a la vista. No se puede, mediante la violencia, recuperar en pocos meses el retardo de muchos años en que se encuentra un sector social. Intentar hacerlo es criminal, y causa grave injuria tanto al bien común general como al bien particular de los propios interesados. El odio, la violencia y la lucha a que son lanzadas masas relativamente incapaces, no pueden sino acarrear grandes males.

Pero, por otra parte, los valores positivos que el antiguo inquilinato pueda tener y los daños que acarrea la posición marxista, tampoco justifican por parte de los patrones una actitud intransigente y cerrada ante los intentos serios de elevar el nivel de vida de sus operaciones. El campesinado debe incorporarse a la vida social activa, y lo hará en todo caso, con o sin la voluntad de los patrones. En el primer evento, si hay una comprensión justa y serena de la realidad, se habrán salvado muchos valores fundamentales; en el segundo, sólo se facilitará la aplicación de la tesis marxista.

Fundamental ha sido en la historia contemporánea de todos los pueblos, inclusive Chile, la organización y desarrollo de la clase obrera industrial. Por desgracia, como consecuencia del cerrado liberalismo imperante en el siglo XIX, ese proceso tomó desde sus comienzos el carácter de lucha de clases y los resultados negativos han sido, entre otros, la total apostasía del proletariado industrial.

El fenómeno que se inicia en estos momentos en orden al campesinado chileno tiene el mismo alcance, y sus proyecciones en nuestra historia serán tan graves como la que ha arrojado la evolución el trabajo en la industria.

De la actuación de los patrones depende, en alto grado, que no se repita ese fatal desarrollo y que, al adquirir el obrero conciencia de sus derechos, no se destruyan, al mismo tiempo, los valores morales en que debe cimentarse la grandeza de nuestra patria. Serenidad, espíritu de justicia y sincera voluntad de cooperar en todo lo que sea positivo y constructivo, permitirá encarar con éxito tan trascendental período.

Ph.

EL MUNDO DE MAÑANA

No pretendo, en modo alguno, hablar en nombre de Francia. Tengo la convicción de hablar en nombre de una gran cantidad de franceses. No esperamos gran cosa del mundo de mañana. Podemos esperar en el mundo de pasado mañana. Despreciamos profundamente a los que, no esperando más que nosotros, hacen, sin embargo, pública profesión de optimismo con el pretexto de que no hay que desanimar a a nadie. ¡Ay!, no se puede mantener la esperanza por medio de mentiras, como se mantiene la apariencia de prosperidad económica por medio de la inflación. Toda inflación desemboca tarde o temprano en la quiebra.

El mundo de mañana se parecerá, verosímilmente, al de ayer. Para renovarse tendría que hacer un esfuerzo inmenso, y empezar por romper un sistema de costumbres y prejuicios que le permitieron, hasta la víspera de la catástrofe, justificar sus faltas; ahorrándose así el sacrificio y la humillación de repararlas antes de que fuera demasiado tarde. ¿Es capaz de semejante esfuerzo un mundo agotado por una guerra de cinco años? La Historia nos responde que no. El agotamiento de la guerra puede actuar al modo de esas abundantes sangrías gracias a las cuales los alienistas del siglo XVIII pretendían calmar a los locos furiosos. Pero el mundo se encuentra encarado con problemas tan urgentes de resolver, que no podría permitirse una cura de espera, de calma, de readaptación a los tranquilos trabajos de la paz. Necesita renovarse, es decir, crear. Destruir y crear. El buen sentido más simple impide pensar que se pueda exigir nada parecido a un mundo que no solamente acaba de vivir una aventura monstruosa, desagradable, sino que se metió en ella con inconsciencia, mejor dicho, con la más mala conciencia, experimentando hasta el último momento todos los subterfugios, todas las mentiras. No creemos que tenga el valor de renovarse. Creemos que hará algo peor que volver a las antiguas mentiras, que inventará otras nuevas y disfrazará las viejas. Hará la comedia de la revolución, de una revolución sin riesgos, de una revolución igualitaria en la que el individuo será el que lleve las de perder, pero que refor-

zará aún más el poder del Estado, pues la causa de la igualdad no es la misma que la de la libertad. Hará la comedia de la revolución, arrastrará a ella a las juventudes que no piden otra cosa que dejarse convencer, que hablan y se agitan mucho sin cambiar de lugar, que se definen en vez de actuar. Francia desconfía del mundo de mañana. No sabrá esperar a que los acontecimientos justifiquen esta desconfianza. El mundo de mañana nos da serias razones para prever que no será más que un compromiso. Una vez metida en este compromiso, Francia no sabrá desembarazarse de él, y se perderá en él, sin recurso. Francia piensa dejar esta vez a las Democracias el riesgo y la responsabilidad de las soluciones provisorias. Francia debe reservar el porvenir. Ante el mundo de mañana, deseo que la actitud de Francia no se preste a ningún equívoco demasiado fácil de explotar por los impostores. Deseo que esta actitud sea una actitud de rechazo.

Este deseo no expresa ningún pesimismo. Reservar el porvenir no es desesperar del porvenir. No hay espectáculo más digno de lástima que el de esas juventudes que se vanaglorian de ser optimistas, porque, habiendo perdido en absoluto el sentido de la acción, creen haber hecho ya mucho con decir lo que ellas querían, y, sobre todo, lo que no querían. Las generaciones que han señalado su lugar en la Historia —o mejor, orientado la Historia— nunca han formado programas. Así sucede con todas las fuerzas superiores de la acción —es decir, de la creación—, comenzando por la creación artística. Un verdadero novelista que empieza un libro, parte a la conquista de lo desconocido, no domina su obra sino en la última página, y su obra le resiste hasta el final como el toro estoqueado que se echa a los pies del matador, reluciente de sangre y de espuma. Las generaciones que han hecho grandes cosas, siempre han terminado por hacer cosas que al principio no habían pensado. Desconfío de los ingenuos que toman al mundo por una pizarra negra sobre la que se escriben fórmulas que, en caso de error, pueden ser borradas con la esponja.

El problema que se plantea hoy en día, no es el problema del orden, o por lo menos, este problema está mal planteado. El problema que se plantea es el problema de la libertad. ¿Sobrevivirá la libertad a la crisis que acaba de pasar el mundo? ¿Desaparecerá poco a poco de las leyes, de las costumbres?

¿Se borrará su noción poco a poco de la memoria de los hombres? Quien plantea el problema de la libertad, plantea el problema del hombre. ¿Cuál es el valor exacto de la materia humana sobre la que intentaremos mañana nuestras experiencias? ¿Tenemos el derecho de razonar como si estuviéramos seguros de que ella no ha sufrido ninguna alteración profunda? Millones y millones de hombres en Italia, en Alemania, en España, en Rusia, han hecho, con una especie de entusiasmo religioso, de delirio sagrado, el abandono de su libertad —y no hablo de esa libertad inferior que consiste, por ejemplo, en el derecho de disponer libremente de su tiempo—, sino de la libertad de juzgar, de pensar y se han enorgullecido de pensar ciegamente como el amo adorado que juzgaba y pensaba por ellos (1). ¿No han muerto heróicamente, alegremente, millones de hombres para guardar hasta el final el derecho de delegar su libre arbitrio en un jefe sin reservas y sin retorno, no ser más que una voluntad que se tiende, un brazo que golpea, al servicio de un partido? ¿Sí, o nó, respondedme? Los imbéciles fingen creer que este fenómeno ha tenido un carácter superficial y que la propaganda y la pedagogía podrán terminar con sus consecuencias. Pero los millones de hombres de que acabo de hablar no actuaban así por ignorancia, y no tenían ninguna necesidad de que se les enseñara lo que es la libertad. Pertenecían todos a viejas cristiandades históricas y sabían perfectamente (mucho mejor, quizás, que un obrero de M. Ford) la significación exacta de esa palabra. No despreciaban ni burlaban el nombre y la cosa, se repetían entre ellos la frase atroz de Lenin: "¿La Libertad? ¿Para qué sirve eso?". Y otros millones de hombres a través del mundo los aprobaban y los envidiaban, abiertamente o en secreto. ¿Hasta ese punto ha sido falseada la noción de libertad en las conciencias? Pues el fenómeno que acabamos de analizar tiene seguramente muy lejanas causas. Trasladémonos a los alrededores de 1900. Ni un hombre entre cien mil se hubiera atrevido a prever

(1) Creemos que hay un error de apreciación en lo referente a España; España es un pueblo, una nación, donde el concepto de Libertad tiene aspectos muy diferentes de los que aun mantiene en el resto de Europa. El grito de "¡Vivan las cadenas!" lanzado por el pueblo español contra la libertad napoleónica, tenía ya un sentido mucho más profundo y difícil que el que le han querido dar los liberales y los democráticos modernos. — N. del T.

este fenómeno, ni siquiera a imaginarlo. Y, sin embargo, se estaba preparando. Cuando todos los intelectuales del mundo celebran el triunfo final, irrevocable, de la Democracia, el prestigio de la libertad se degradaba lentamente, sin que nos diéramos cuenta. La idea de Democracia se extendía más y más por el mundo, hasta el punto de reinar sin discusión sobre los espíritus, pero ¿es la idea de libertad necesariamente solidaria de la idea de democracia? La verdad es que la idea de democracia no evocaba, desde hacía mucho tiempo más que un ideal igualitario de reformas sociales destinadas a asegurar la comodidad de las masas, bajo la tutela creciente del Estado. Bien podían estas masas hablar todavía, por costumbre, de la libertad de pensar, porque como su libertad de pensar no estaba ya amenazada directamente, desde hacía tiempo, esas masas no le daban ningún valor, el valor que la hubiera atribuído, por ejemplo, en tiempos de la Inquisición. Aun más: tenían el culto de la Ciencia, del Progreso. Hubieran podido pensar contra la Iglesia, pero ¿cómo se habrían atrevido a pensar contra la Ciencia, oponer su voluntad al Progreso, expresión popular del Determinismo universal? Hemos visto nacer y propagarse en las masas populares esa religión de la Ciencia. Al principio, parecía no tener otro enemigo que la superstición. Pero no supimos prever que al arruinar indistintamente las supersticiones y las creencias, llegaría también a destruir una creencia esencial, indispensable, sobre la que se funda la idea de libertad: la fe del hombre en sí mismo. Al exaltar la Humanidad, la humillaba, aplastaba cada vez más al hombre ante la naturaleza, elevaba a la Humanidad a la altura desde donde precipitaba al hombre, el mono superior en evolución; sacrificaba el hombre a la Humanidad, como el Totalitarismo lo sacrificaba al Estado, a la Nación. El culto de la Humanidad ha substituído a esa Religión del Hombre cuya más alta expresión es el Cristianismo que nos diviniza, quiero decir, que diviniza a cada uno de nosotros, hacer participar a cada uno de nosotros en la Divinidad, da a cada uno de nosotros, al más humilde de nosotros, un precio infinito, digno de la sangre divina.

Sacrificio del hombre a la Humanidad, de la Humanidad al Progreso, para llegar ridículamente al sacrificio del Progreso mismo, a la dictadura de lo económico, este fué el crimen al que quedará por siempre unido el nombre de De-

mocracia, forma burguesa de la Revolución. El Contrato Social de Rousseau expresa muy bien el sentimiento, o al menos el complejo de los sentimientos exaltados que ha arrojado al Antiguo Régimen en la Revolución, no como al abismo en que debía hundirse, sino como a la cima a la que no había dejado de aspirar. La independencia del individuo frente al Estado es llevada aquí hasta la paradoja, y la desconfianza hacia la Sociedad adquiere los caracteres de una condenación (el hombre nace bueno, la sociedad lo pervierte). Pero ya para Robespierre no se trataba sino de Estado, de Nación, y de un Ser Supremo que sirve de caución metafísica a la nación y al Estado. La revolución había pasado, de ser popular a ser burguesa. Pues la Burguesía siempre ha ligado su suerte á la del Estado, un poco en el mismo sentido en que la Compañía de Jesús ha ligado la suya al poder, cada día más extenso, de la Autoridad Pontificia. ¿Acaso no se vió, pocos años después de 1879, a esa misma burguesía colaborar con Napoleón, en la más furiosa tentativa de centralización que se haya visto desde los lejanos tiempos de los Antoninos y los Severos?

A veces me reprochan que no soy demócrata. No soy ni demócrata ni antidemócrata. Estimo simplemente que esa palabra, demócrata, no ofrece nada de claro ni de satisfactorio para el espíritu. Todo el mundo ha podido y puede decirse democrático, incluso el Führer y Mussolini. Los demócratas antitotalitarios son sin duda gente muy simpática. Por desgracia, se niegan a ver la democracia en los hechos, es decir, en su desarrollo real. Se niegan a verla en la Historia. Para recoger una comparación ya hecha, supongamos que un habitante de Sirio haya podido observar la evolución general de Europa y de América hasta la guerra de 1914. Imaginándolo más objetivo que nosotros, más extraño a nuestras pasiones o, mejor, de una clarividencia sobrehumana, angélica, el vocabulario pacifista de los hombres de 1900 no lo hubiera engañado. El vocabulario democrático continuaba siendo el vocabulario individualista de la Declaración de los Derechos del Hombre, pero la Democracia no estaba de acuerdo con su vocabulario, desde hacía mucho tiempo. En 1910, los impostores intelectuales hablaban el lenguaje de Rousseau, en tanto que la legislación reforzaba por doquiera el poderío del Estado. Si hubiéramos hecho al habitante de Sirio la pregunta siguiente: "¿Evolucionan Europa y América hacia

la Democracia?", el hombre de Sirio habría podido responder: "Yo no sé todavía lo que entienden ustedes por Democracia, pero, para ajustarme a lo que veo, a lo que ustedes verán muy pronto, diré que el mundo evoluciona rápidamente hacia guerras económicas y militares, tan inexplicables las unas como las otras, hacia un nacionalismo atroz en nombre del cual los gobiernos favorecerán abiertamente la traición de la Ciencia para con el hombre, la insurrección de la maquinaria contra la humanidad".

Repito que lo que falsea o esteriliza toda discusión entre hombres de buena voluntad, es el equívoco entre la palabra democracia y la palabra libertad. Creemos indispensable poner en guardia a las jóvenes generaciones contra un malentendido que dentro de pocos años les costará nuevos ríos de sangre. Respeto profundamente la imagen que se forma en ellos mismos cuando pronuncian esa palabra mágica. Esta imagen absolutamente diferente de la realidad, es a mis ojos una herencia sagrada, pues, a esta imagen de justicia y de fraternidad, millones de hombres han sacrificado sus nobles vidas. Me atrevo, sin embargo, a preguntar a los hombres de buena fe: ¿Os permiten las experiencias de estos treinta últimos años conservar sobre ese asunto las ilusiones de un obrero parisiense en las barricadas de 1830 ó de 1848? A pesar de los progresos de la industria, Francia aun era en 1830 un gran país agrícola. Contrariamente a lo que sucedía en Inglaterra, la propiedad y la fortuna estaban extremadamente divididas en Francia. (Balzac ha denunciado en una de sus más famosas novelas el peligro de esta excesiva división). Los partidos políticos estaban organizados de una manera rudimentaria, la prensa todavía en la infancia, el periódico era una empresa con frecuencia desinteresada que disponía de un capital mínimo, al alcance de cualquiera. En tal ambiente, la democracia hubiera podido ejercer patriarcalmente, en familia; no en las oficinas de las Sociedades Anónimas, de los Trusts, sino en la plaza del pueblo, en el café, en los talleres, por un pueblo al que la civilización capitalista no había arrastrado en su carrera desbocada y alucinante, y que aun tenía sus ocios. Ay, aún hoy en día la palabra democracia sigue significando para los ingenuos el gobierno ideal de la "gente humilde". Estos inocentes no parecen darse cuenta

de que la existencia de la democracia de sus sueños en un mundo como éste, no es menos inconcebible que la existencia de un ejército del siglo XVI en una guerra moderna, y que es tan ridículo para ellos esperar la instauración de la verdadera democracia, como para mí esperar la restauración de la monarquía de San Luis. Todo hombre dotado de un mínimo de sentido histórico debería comprender que la mística democrática sobrevive absolutamente aislada del hecho democrático que debiera corresponderle, así como el alma separada del cuerpo. Cuando hablamos así, no tratamos de oponer definiciones tranquilizadoras: "La Democracia será esto, la Democracia será lo otro, Churchill ha dicho, Roosevelt afirma". ¿Qué nos importan las definiciones? Un idiota debería comprender que el sufragio universal ha de cambiarse, dentro de un régimen capitalista, en un trust como los otros, y dentro de un régimen socialista de tendencias totalitarias, en instrumento de poder al servicio del Estado: lo que era, por lo demás, en Alemania. Pues lo que hizo Hitler fué un plebiscito; Hitler ha salido de las entrañas del pueblo, el pueblo también produce monstruos; más aún, es el único capaz de producirlos. ¿Se me permitirá una observación a este propósito, aun a riesgo de que nadie la comprenda? La igualdad proletariza a los pueblos, los pueblos devienen masas, y las masas darán siempre tiranos, pues el tirano es la expresión de la masa, su sublimación. No se hace una sociedad con masas y, sin verdadera sociedad, no es posible la libertad organizada. ¡Si queréis ser libres, comenzad por rehacer una sociedad, imbéciles!

Amigos muy queridos me habían pedido unas páginas para estos cuadernos. Aquí se las doy. Nunca he pensado en proporcionarles un programa; me contento con denunciarles cierto número de imposturas. Bajo cualquier nombre que se presente, ninguna experiencia de salvación es posible en tanto que se pretenda pasar, gracias a un sistema cualquiera, por leyes y reglamentos, del estado actual del mundo a un estado de seguridad y hasta de tranquilidad. Tal esperanza es absurda. Podemos ciertamente encontrar la fórmula de alguna solución provisoria, pero los que nos sigan pagarán en este caso muy caro nuestro egoísmo y nuestra cobardía, y maldecirán justamente nuestra memoria. Si no nos sentimos capaces de este crimen contra el porvenir, te-

nemos que comprender desde ahora que nuestra generación, y muchas otras sin duda, deberán ser sacrificadas al trabajo de restauración necesaria, que este sacrificio les será exigido, total, es decir, que habrá de ser hecho en la angustia, en la duda, porque los nuevos caminos que vamos a abrir, cueste lo que cueste, no nos ofrecerán ningún hito, ninguna señal segura. Cuando escribo la palabra restauración, pienso evidentemente, para empezar, en los valores espirituales. Pero el mismo razonamiento sería perfectamente válido para los valores materiales. Un americano eminente deploraba el otro día delante de mí la actitud de la inmensa mayoría de sus conciudadanos, que no se hacían en este momento sino una sola pregunta: cuál de los candidatos, Dewey o Roosevelt, es el más capaz de mantener los salarios más altos. Ninguna política sabrá mantener definitivamente los altos salarios, pero los electores no quieren reconocer esto. Se revuelven contra la perspectiva de una crisis dolorosa que salvaría el porvenir a expensas del presente, es decir, a expensas de ellos mismos.

El mundo realista moderno, en su repugnante avaricia, en su cruel orgullo, no sólo ha corrompido las tradiciones, las instituciones, las leyes, sino que también ha corrompido a los hombres. Para rehacer una sociedad digna de este nombre, es preciso rehacer a los hombres. Amigos católicos que leéis, vosotros diréis probablemente que esa preocupación es la nuestra, pero yo os digo que nos hemos hecho muy incapaces de esa tarea. Nos sentimos vivos entre tantos desdichados que tienen ya toda la semejanza con los muertos, y en verdad que somos vivos, si es que vivir es respirar todavía. Sería menester que fuéramos, dos veces, diez veces vivientes, que tuviéramos inmensas disponibilidades de vida: pero vivimos sobre un pequeño capital de vida, y no sabríamos sacar de él gran cosa para nuestros hermanos, sin riesgo de perder el aliento. ¡Dios mío! Al hablar así, no trato de convencer a ninguno de aquéllos a quienes esta verdad humilla, y por eso la rechazan. Nada es más fácil que persuadirse a sí mismo de que se está vivo, muy vivo; basta con gesticular mucho, hablar mucho, cambiar ideas como se cambia dinero, ya que una idea llama a otra, como las imágenes en el desarrollo de los sueños. Pero apenas se examina uno ligeramente a sí mismo, descubre fácilmente esas fuentes de

energía corrompida, estéril. Un artista las conoce mejor que cualquier otro, pues todo trabajo de creación consiste precisamente en hacerlas retroceder, dominarlas, hacer callar a toda costa ese zumbido monótono. Cuando se piensa en el enorme, en el colosal material que la prensa, la radio, el libro ponen al alcance del primero que pasa, comienza uno a darse cuenta de que del cerebro del hombre moderno, apenas deja de ejercer su actividad en el estrecho círculo de la especialidad, de la profesión, trabaja poquísimo y sobre un corto número de slogans. Católicos: no basta con exaltar la verdad; convendría mejor saber el valor de lo que vamos a poner a su servicio. Sé perfectamente que todo lo que escribo sobre la desvalorización del hombre moderno exaspera a algunos de nuestros lectores. ¿Qué importa? Me equivocaría solamente si al proclamar esta desvalorización para los otros, me negara a creerme yo mismo desvalorizado. Nada de eso. Sé que no escapo a la desvalorización general, he conocido demasiado, en mi juventud, al hombre de la antigua Francia, de la antigua Europa, para hacerme ilusiones sobre este punto. Que la superioridad de esos hombres sobre nosotros, no en inteligencia por cierto, sino en carácter, o al menos en "tonus" vital, viniera solamente de las costumbres, de los usos, de los hábitos, es decir, del clima moral y mental en que habían sido formados, ¿qué nos importa? En 1914, yo tenía ya veintiséis años. He vivido, pues, más de medio siglo, en un mundo en el cual, para no hablar sino de este detalle, el uso del pasaporte no existía sino en dos países atrasados, Rusia y Turquía. En todos los demás países, tanto en Europa como a un lado y otro del Atlántico, ningún policía, sin una grave razón y sin estar provisto de las autorizaciones necesarias, se hubiera atrevido a pedir sus papeles a un viejo correcto —rico o pobre—, quien por otra parte habría considerado esta curiosidad como un insoportable ultraje a su dignidad. Es indudable que un muchacho hecho desde su infancia a chocar dócilmente, muchas veces por día, con funcionarios en general poco corteses, y que no es ni un asesino, ni un ladrón, ni un espía —en resumen, que encuentra perfectamente natural que le crean por su palabra—, no puede tener al fin y al cabo, sino una mentalidad poco diferente a la de uno de los pensionarios de esas prisiones ultra-

modernas, como las que nos muestra el cine americano, y que me parecen ser la perfecta imagen de la sociedad futura.

Podrán encontrar frívolo este ejemplo. Los que así piensen demuestran simplemente la incomprensión del problema. El amor humano —el amor de un ser por otro ser— se mide también en ciertos detalles, en ciertos matices de actitudes que el lenguaje de los enamorados llama "atenciones". Cuando en un país el más modesto ciudadano se revuelve instintivamente contra toda intromisión en su vida privada, esta es una señal más definitiva que cien mil discursos, conferencias o informes para la protección de las libertades indispensables. Cuando, en 1905, se habló en Francia, por primera vez, del impuesto a la renta, muchos observadores juzgaron absolutamente imposible hacer aceptar a los franceses la intervención de la Administración encargada de controlar su cuenta bancaria o sus beneficios comerciales. Pero, desde entonces, hemos andado mucho camino. Pronto encontraremos muy natural que los médicos sean relevados de su secreto profesional para permitir al Estado, como en Alemania o en Rusia, esterilizar a los transmisores de enfermedades o afecciones hereditarias. La guerra ha probado, prueba cada día, el espantoso servilismo del público frente a cualquier reglamento o restricción. Cuando esta sociedad sea la regla —tanto en la guerra como en la paz— ¿para qué discutir los fundamentos jurídicos de la libertad? ¿Para qué torturar el espíritu con el fin de hallar la fórmula de nuevas instituciones liberales? No se trata de edificar con gran trabajo instituciones liberales, sino de tener aún hombres libres que meter en ellas.

El mundo no se organiza para la paz. Se organiza para nuevas guerras. Ya escribí esto, textualmente, en un libro publicado en 1930: **La Grande Peur des Bien-Pensants.** Este mundo se organiza para nuevas guerras, porque se siente incapaz de organizarse para la paz, de organizar la paz. En el punto de miseria universal a que hemos llegado, una verdadera paz exigiría de las naciones victoriosas una clarividencia, una audacia, una generosidad de la que no se sienten capaces. ¿Quién de nosotros se atrevería hoy a hablar sin reírse, de la Carta del Atlántico? El cinismo de los gobiernos se manifiesta hoy a toda luz; los que amenazan, hacen restallar el látigo; los que tiemblan, no ponen el menor cuidado en ocultar su temblor. Se excusan de los amigos que trai-

cionan, y llegarán a hacer un mérito de tales traiciones. El mundo no se organiza para la paz, porque no se organiza para la libertad. Cada paso dado contra la libertad, es un paso hacia la guerra.

Francia mira a este mundo, no como un enemigo al que combatir, sino como a un socio poco leal con el que es peligroso colaborar, sino en la medida absolutamente indispensable para el bien común. Mi país ya no tiene ni ejército, ni barcos. Con excepción de uno solo, sus puertos magníficos están barridos por las olas, muchas de sus ciudades en ruinas, sus ferrocarriles destruídos. No se tratará, para él, de imponer a alguien su concepción tradicional de la vida, pero no debe dejarse llevar en la enorme impostura que se prepara. Debemos resignarnos valientemente a que este rechazo sea mal comprendido y nuestras intenciones calumniadas, aún por amigos sinceros. Pero tarde o temprano se sabrá qué servicio hemos prestado al mundo. Francia no tiene ningún medio, lo repito, para rechazar una paz con la que no estarán de acuerdo su razón ni su conciencia, pero de todas maneras puede negarle su testimonio y su caución. Entre los que me leen, más de uno se dirá, sin duda: "Por mediocre que sea, ¿por qué no habremos de entendernos todos para dejar que esta paz intente, como dicen en términos deportivos, "su ocasión"? Pero no es a la paz a la que dejáis una ocasión, sino a ideas falsas, a cierta concepción absolutamente falsa del orden que justamente acaba de precipitar a la civilización en el caos. Estas ideas falsas disponen del poder material. Razón de más para que le opongamos lo que nos queda, un reducido número de ideas justas, humanas, mediante las que esperamos todavía salvarnos, pero a las que nos negaríamos a sobrevivir (1).

G E O R G E S B E R N A N O S

(1) Este ensayo fué escrito en 1944. Su actualidad adquiere ahora una potencia mayor, si cabe, que la que tuvo en la fecha de su redacción. Bernanos, que mantiene en estos días una fuerte lucha con los medios intelectuales y políticos triunfantes en la Francia del momento —con todos los triunfantes y gubernamentales del presente— demuestra en estas líneas la clarividencia que hoy confirman, en numerosos aspectos, sus más recientes escritos de polémica, principalmente los que dirige a los intelectuales comunistas de la última hornada francesa. — N. de la R.

ENTRE LA CRUZ Y LA ESPADA

Hispanoamérica ha sido crucificada sobre el cruce del destino universal. Su mano izquierda está clavada en España, sobre Europa, como un brazo de puente para la tradición. Su derecha está clavada en Filipinas, sobre Asia, como una orden que señala la misión.

Esa ha sido la obra de España. Colocar entre los cuatro puntos cardinales del mundo —en el encuentro y la partida de cualquiera futura empresa— el más claro fruto de su agonía ecuménica, el hijo de sus bodas de sangre con Roma, el mundo nuevo de la fe y de la esperanza: ¡Cristianoamérica!

Nuestra historia es pasión. Ocupamos la geografía como una cruz. Cruz o cruce de rutas. Cruz y cruce de sangres. Rutas y sangres que se han unido únicamente por la Cruz.

No ocupamos la geografía como un patio de recreo ni como una plaza de comercio.

No somos el "Continente de la Libertad".

No nos definimos por el continente, sino por el contenido.

Somos Hispanoamérica.

Cristianoamérica.

El contenido de una historia sagrada.

De una historia que comenzó en Roma, continuó en España, siguió hacia América, donde se detuvo un instante de siglos a incorporar el sentido total, en rutas y sangres, de lo ecuménico, y seguirá adelante, en marcha. Como una cruzada. Como los mismos Andes, que en su quietud colosal parecen avanzar en fila, en una lenta y mitológica peregrinación hacia la Cruz del Sur.

Para que llegara la Cruz hizo falta la espada.

Apenas olvidamos la cruz cae sobre nosotros la espada.

Pertenecemos a un mundo incómodo que se bambolea entre el templo y el cuartel. Entre la cruz y la espada.

Se nos acusa de ser fanáticos y de ser belicosos.

Hemos creído que el pueblo quiere a los curas y sigue a los militares por ignorancia y falta de civismo.

Nuestro pueblo sigue viviendo su historia. Y su sentido de la Historia es religioso y es heroico.

Valora por la cruz y por la espada.

Lo que sucede con frecuencia es que usamos la cruz y la espada para engañarlo.

Tenemos un siglo de querer educar al pueblo. Y el pueblo insiste en no educarse.

Le dan un tratamiento de laicismo, y recae en su religiosidad.

Le dan un tratamiento de civismo, y en la primera decisión sigue al capitán y no al político.

El pueblo no quiere vivir sin Fe.

El pueblo no quiere moverse si no es por el heroísmo.

No queramos cambiar su tabla de valores. Démosle verdaderos valores.

La fe que busca. Y la vida heroica que le satisface.

Si no le damos la Verdad con toda decisión y con toda sinceridad, el pueblo, en vez de entrar a ese comedimiento cívico, a esa frialdad electoral a que parecen aspirar nuestros ideólogos democráticos, seguirá apasionadamente a quienes, inventando falsos dogmas y reduciendo lo heroico a grados primitivos de cacicato, lo engañen y confundan dándole ídolos en vez de cruz y mezquinos puñales en vez de claras espadas.

Y espada no significa guerra.

Espada no es militarismo.

Es heroicidad.

Sentido heroico de la vida y de la historia. Y este sentido sólo lo da la fe.

Y la cruz es un estado teológico. No teocrático.

Mucho se habla de un catolicismo apolítico.

Pronto se hablará de un catolicismo acivilizado.

Si hay un catolicismo personal, debe haber un catolicismo familiar. Y si lo hay familiar, debe haberlo social. Y si lo hay social, debe haberlo estatal. Y si lo hay estatal, debe haberlo universal. Y ese movimiento creciente es uno de los significados de la palabra católico.

No hay razón para querer reconquistar las masas y no querer reconquistar los Estados.

Mientras un misionero conquista un alma, un Estado pervierte mil.

Si no damos la familia al diablo, no tenemos por qué regalarle el Estado al diablo.

Y esta es la política. La verdadera política.

El reino de Dios nó es de este mundo. Por lo mismo, el reino de este mundo nos debe de llevar al Reino de Dios.

Creo que ya podemos dudar de aquella lamentable e hipócrita consigna bélica: "Luchamos por la civilización cristiana".

Porque una Civilización, o una cultura cristiana —girando alrededor de Cristo—, puede encarnar a Pedro y también a Judas, persiguiendo a Cristo o vendiéndolo.

Puede también encarnar a Juan o a Barrabás, ya sea acompañándole dolorosamente al pie de la cruz, o bien suplantándolo para su burla y su muerte.

En este sentido, Cristo centra esa cultura, como centró también la vida entera de Israel, y aun la de todo el universo aquella tarde espantosa de su crucifixión: como víctima.

Como blanco de nuestra saliva, de nuestros látigos, de nuestros clavos, de nuestras espinas y de nuestra lanza guerrera.

Hemos hablado de "Democracias".

Se nos ha hablado de ellas en todos los tonos del fervor.

Y es doloroso confesar que para muchos cristianos esa palabra ya ha sido incorporada a la fe.

Más que romana, la Iglesia parece ser para ellos: católica, apostólica y democrática.

No es que yo esté en contra, como no lo está el Sumo Pontífice, de una estructuración democrática de las naciones que puedan hacerlo. ¿No es acaso democracia, en su más pura realización, la tradición de las Cortes y los Municipios hispanos, tradición que siempre ha sido el cimiento de mis ideales políticos?

Pero no se trata de esto. Se trata de que estamos levantando del fango de una historia indecente una palabra contaminada con los más sucios crímenes para envolver con ella el cuerpo de Cristo. Queremos hacer de la historia cristiana, escrita por el Espíritu Santo, la historia misma de la Democracia, sucia de actos satánicos y decididamente anticatólica en sus capítulos modernos.

En América, sobre todo, existe ya una relación viva y constante —como la relación entre la Celestina y sus falsas doncellas— entre la estafa al pueblo, la persecución al cristiano, el despojo a la Iglesia y esa palabra ahora canonizada. Yo no dudo que podemos redimirla, pero tampoco dudo que, mientras no esté redimida, es inicuo para la memoria de los Santos y de los Mártires confundir su historia con esa otra historia tantas veces meretriz.

Nuestra democracia hispanoamericana no ha salido aún de sus dos más infames y ya seculares realizaciones: de la dictadura de Judas y de la candidatura de Barrabás.

Buscad en toda nuestra historia política democrática una sincera proclamación del reino de Cristo e inmediatamente encontraréis la sangre.

Sólo un plebiscito tiene Cristo a su favor: El plebiscito de los mártires.

Nuestra cristiana democracia no ha sido otra cosa que una renovación, brutalmente impía, de la Pasión de Cristo.

En ciertas épocas es Judas el que monopoliza las formas y doctrinas de gobierno. Epocas que casi siempre se abren con el tradicional beso al Señor en la vida privada y la consecuente entrega de Cristo a la muerte en la vida pública o estatal.

Cuestión de monedas, por un lado, y sentimiento humano, muy humano, por otro. Porque Judas vende al Maestro, porque no está de acuerdo con su mesianismo divino. Quiere, judaicamente, un **leader** terrenal y político. Prefiere la burocracia a la teología. Se indigna, por tanto, con Magdalena, que gasta su fortuna en un perfume para Cristo, pudiéndoselo dar a los pobres. Humanitarismo. Los bienes de la Iglesia deben ser dados al pueblo. El fanatismo divino, el oscurantismo, debe ser perseguido. Eliminado. Proclamación material, materialista, del reino de este mundo. Dictadura de Judas.

¿Qué es la Revolución, buscando la redención del pueblo, y crucificando al mismo tiempo al Redentor, sino el más claro signo de que la política gira en la zona de influencias de Judas?

Hace cincuenta años —¡y todavía la medida es aplicable!—, una democracia —para ser democracia— tenía que ser antirreligiosa, laica y, si era posible, perseguidora.

Pero Judas, inevitablemente, cae en el tormento de su propio crimen. Vimos, en el Evangelio, devolverle las monedas a los fariseos.

El acto suele repetirse.

Las monedas hoy día se tiran en otros templos; por ejemplo, en el de España. La dictadura de España sí es antidemocrática. Allí el crimen sí es claramente visible. España no es cristiana en la medida de Judas. España está señalada con el infame signo de la Cruz.

Por eso se arrojan sobre ella las monedas de Judas: la culpa.

¡Con el dinero de Judas es necesario comprar —siempre— un campo de sangre!

¿No basta, no estamos saciados ya con lo que se ha hecho en obsequio de los fariseos? ¿No nos abrió los ojos el "haceldama" de la guerra; no condenamos a voz en cuello y en olímpicos discursos la persecución de los germanos contra los cristianos y judíos; no ahorcamos a Judas con el fascismo hasta romper la cuerda y ver esparcidas sus entrañas?

Realmente. Pero es que Cristo no presenta mayores ventajas. La obra de Judas lo ha dejado atado a la columna, y en este momento uno de los representantes de la fuerza lo señala, no sin ironía, totalmente vapuleado: ¡Ecce Homo!

Convengamos, nos dirán, que un Cristo así —con una caña, un manto de loco, una corona de espinas— es ridículo. Lo de Judas es un error. Pero Pilatos ha comprendido la situación, y Cristo no hace nada por salvarse. ¿Por qué se empeña en proclamarse la Verdad? ¿No sería mucho más ventajoso, en este momento de victoria, que se proclamara la Libertad?

Esta es, precisamente, la hora en que Barrabás entra en escena.

El cristianismo de Barrabás consiste en haber sido elegido en vez de Cristo.

Barrabás es la fácil salida, el acomodamiento cristiano, la componenda beneficiosa ante el grito de la masa azuzada o de la fuerza dominante.

Barrabás es el que encuentra la Libertad a costa de la Verdad.

Barrabás busca, al comienzo, quizá de buena fe, escapar de la condena del mundo; pero cuando el dilema se agrava, y es Cristo mismo el precio de su escape, su pecado es el de la co-

bardía, Barrabás es el hombre que no sabe ser mártir. El perfecto burgués liberal. El nuevo demócrata cristiano.

¿No tiene consigo, completamente, la legalidad? Alguno puede descubrir en él un pasado sucio, pero esto no tiene valor ante un fallo enteramente limpio y perfectamente electoral de la mayoría. Cuando la democracia escoge el error, Cristo debe someterse. Aceptar su cruz. Reanudar su pasión. .

¿Cuántos cristianos no han cometido una barrabasada? ¿Cuántos son los que han preferido la corona de espinas al gorro frigio?

Barrabasada es toda libertad a costa de la justicia.

Barrabasada es cobardía: aceptar al mundo porque su fuerza se impone, contrariando la voz del **Exodo** (23, 2): "No seguirás a los muchos, ni responderás en litigio inclinándote a los más".

Barrabasada es la democracia mayoritaria contra la democracia solitaria del Redentor crucificado.

Barrabasada es rehuir la muerte, la mortificación de la lucha contra el mundo —bajo la insignia de la cruz—, y dar por salvado al mundo, aceptar la salvación del mundo por sus propios sistemas y fórmulas.

Pero el mundo ya ha sido juzgado.

Todos sus regímenes e instituciones han sido llevados a juicio: los fascios han flagelado a Cristo. El Parlamento ha votado su muerte. El César la ha autorizado. La mayoría democrática ha escogido a Barrabás. El burócrata de la bolsa lo ha vendido. Lo que hizo falta ayer y hace falta ahora es **espíritu** para reconocer —bajo la sangre y las lágrimas— el divino rostro de la Verdad.

La política no basta. El mundo se ha llenado de sangre para probarlo.

Los políticos engañan. El mundo está poblado de sanedrines, y no es necesario probarlo.

Lo que se necesita es una revolución integral contra la integral revolución que ha hecho desandar al mundo su camino de resurrección para colocarlo de nuevo en el calvario, entre dos ladrones.

Cambio absoluto de normas contra Judas y cambio absoluto de vida contra Barrabás.

Ideas firmes en la Verdad. Ideas al pie de la Cruz.
Vidas entregadas a la Verdad. Vidas crucificadas.

El cristianismo o es subversivo (en el más entero y santo sentido de la palabra) o no es cristianismo.

Sea cual sea el régimen que la Historia exija para cada uno de nuestros pueblos (y conste que la obediencia a la Historia es uno de los caminos para recobrar la Verdad), la redención del pueblo no se logrará con gorros frigios, hoces o martillos, sino con la tremenda presencia del Amor.

Y ese Amor está clavado en una trágica e ineludible Cruz.

Hispanoamérica necesita todo lo contrario de un catolicismo apolítico. Y lo contrario de un catolicismo apolítico no es un catolicismo político, sino una política católica.

Hispanoamérica necesita que su política tenga ese sentido creciente —de ambición absoluta— que expresa el catolicismo cuando el hombre es católico y no cuando el hombre es cobarde.

Sentido creciente de sobrepasar el catolicismo liberal de la religión dentro de casa. De sobrepasar el catolicismo maritainiano de la religión dentro de la ciudad. De sobrepasar, incluso el catolicismo de algunos buenos patriotas, de la religión dentro de la nación.

Casa, ciudad y nación no han recibido un Cristo quietista, sino un Cristo crucificado. Un Cristo de brazos abiertos, que ha puesto la señal de su sangre sobre cada punto cardinal. Norte, Sur. Este. Oeste.

Un Cristo misionero.

Y América está crucificada sobre esos puntos de la sangrienta rosa de los vientos cristianos para una misión.

¡Casa, ciudad y naciones al servicio de Cristo!

"América católica", cantó Rubén Darío.

No se tiene ese nombre para que nuestras mujeres recen novenas a los Santos.

Cristo vino a vencer al mundo.

El cristiano viene a vencer al mundo.

Y el mundo se vence en todas partes donde el mundo presenta combate.

En "el hombre inicuo y engañador" que llevamos dentro de nosotros mismos. En el que habita la ciudad cristiana y

siembra en ella la perversidad. En el que rige naciones y usa su poderío para destruir la libertad y la obra de la Iglesia de Dios.

Y si para el hombre basta el hombre, para el mal social hace falta la obra social. Y para las naciones falta hacen las naciones.

Hispanoamérica ha nacido a la Historia para vencer al mundo. Y su primer paso es unirse para no ser vencida por el mundo.

Nadie ha dicho Estados Unidos de Hispanoamérica. Muchos, sin embargo, han dicho Hispanidad.

No se trata de una sociedad de provecho. Sino de una "unidad de destino".

Unidad de servicio.

Si alguna vez, con lenguaje rubeniano, se ha llamado a esta unidad: Imperio, la palabra no debe tomarse en lo que tiene de antigua ni en lo que tiene de moderna, sino en lo que tiene de molesta.

Yo la usé siempre porque les resultaba desagradable a aquéllos a quienes deseaba desagradar.

A los imperialistas.

Muchos confunden la Hispanidad con el amor a España.

Muchos parecen creer que la Hispanidad es una especie de Panamericanismo español. Una doctrina de Monroe, ejecutada al revés, que trata de arrancar a la tierna e ingenua Hispanoamérica de las manos de un imperialismo (yanqui) para ponerla en manos de otro imperialismo (ibérico).

Si España dejara de existir, tragada por el mar, nosotros tendríamos que ser más hispanistas aún.

Porque con España nuestro hispanismo puede recurrir a España. Pero sin España nuestro hispanismo tiene que reponer a España.

No se trata de amar sentimentalmente a España, sino de continuarla.

Amar a España es amarnos a nosotros mismos.

España es tanto la madre patria de España como de América.

Granada de España es una obra de conquista española tanto como Granada de Nicaragua. Y el hecho de que Andalucía pertenezca a España explica el otro hecho de que Es-

paña pertenezca a Nicaragua. Porque todos los nicaragüenses, como todos los andaluces, tenemos nuestros antepasados en España. Y si por esa razón Andalucía es ahora española, por la misma razón España es ahora —en Nicaragua— nicaragüense.

He sido imperial.

Es decir: no he sido nunca imperialista, sino cristiano. Y hay que saber medir lo que significa de amor a la libertad eso de ser cristiano hasta las últimas consecuencias.

Proclamamos la necesidad de la comunidad hispanoamericana movidos, precisamente, por el sentimiento anti-imperialista y por el sentimiento cristiano.

Nuestra libertad no puede ni debe depender de la buena o mala voluntad de los Estados Unidos o de cualquier otro gran Estado futuro. Nuestros pueblos sólo pueden obtener su plena y efectiva libertad ayuntándose en una sólida comunidad hispánica (cuya necesaria estructuración futura no estoy en capacidad de profetizar), que por sólida respete y proteja las naturales libertades y autonomías de las diversidades nacionales, y por hispánica vertebre todos aquellos elementos que nos son comunes.

Esto sería formar un "frente unido".

"Defender la libertad contra los imperialismos", dicho en lengua de mitin.

Pero un "frente unido", por lo mismo que defiende la libertad, y por lo mismo que brota de una gran unidad espiritual, produce una fuerza, una posibilidad de quehacer positivo, una capacidad formidable de acción cuyo destino no lo dicta claramente la Historia.

Si existiera en el mundo una fuerza cristiana, como la que somos capaces de presentar todos los pueblos hispanos unidos, las fuerzas del mal no operarían libremente —como hoy día— al servicio de la satanidad en la destrucción de la Historia y de la Civilización cristianas, sino que se verían contrarrestadas, y aun posiblemente vencidas, por las fuerzas del Bien al servicio de la Cristiandad y de la reanudación de su historia.

Esto no es un abominable imperialismo cristiano, nunca —empero —tan abominable como un imperialismo anti-cristiano, sino una comunidad de pueblos al servicio de Cristo,

que es tan agradable y santo como un hombre al servicio de Cristo.

¿Es que insistimos en una nueva Edad Media?

Soñamos más bien en una Edad Entera que venga a completar la Edad Media.

Sueño lleno de dificultades y de imposibles. Y, por tanto, el sueño más grato para un hispano.

Porque para él no hay nada más posible que un imposible, ni nada más realizable que un sueño.

Esta edad que vivimos se distingue de todas las otras, porque lo único que se realiza son las utopías.

De ahí que no queramos una repetición, sino una superación de nuestra propia historia.

Nadie nos tacharía de locos si quisiéramos la aparición de otro Bolívar.

Tenemos derecho a querer nuevos Bolívares de una nueva gesta, no tan pobre en sentido religioso como la libertadora, sino, al contrario, riquísima en religiosidad, como lo fué aquélla en heroicidad guerrera y romanticismo libertario.

¿El ideal cristiano debe, acaso —por prudencia burguesa—, mantener su vuelo a ras del suelo para que cualquiera caída no sea dolorosa ni incómoda?

¿Desde cuándo el vuelo de un pueblo cristiano no puede ser de cóndor, sino el pesado y rastrero vuelo de una ave de corral?

Ocupamos la geografía como una cruz.

Nuestro destino es una pasión.

Pasión por redimir la Historia.

Pasión o agonía de un gran cuerpo de pueblos en gesta, que clava manos y pies sobre el destino del mundo, y que, con su propia sangre, sangre también en cruz o cruce, está elaborando algo nuevo, el hombre nuevo, la resurrección de Europa, la restauración de la Cristiandad.

Por nuestra crucifixión, por la agonía o lucha de nuestro destino, la Hispanidad tiene no sólo una dimensión vocacional, sino todas a la vez. Horizontalmente, vinculando pueblos con

un mismo destino. Y verticalmente, anudando razas y clases en un mismo sentido teológico de la Historia y de la vida.

La Hispanidad es demasiado dramática para ser lírica.

Ella, sólo ella, ha heredado la dramática obligación de hacer en sí la síntesis de los tres grandes quehaceres de Occidente. El quehacer de Roma, por el poder. El quehacer de Atenas, por el saber. El quehacer de Jerusalen, por el Amor.

Y he aquí la inquietud.

Inquietud definitiva de nuestra raza.

Por eso Bolívar, que hubiera podido ser un capitán reducidamente nacional, siente el quehacer de Roma y obra imperialmente, convirtiéndose en el soldado de todo un Continente.

Por eso Rubén, que hubiera podido ser un poeta limitadamente nicaragüense, siente la vocación de Atenas, y canta ecuménicamente, como vate y profeta de toda la Hispanidad.

Por eso Hispanoamérica, el Continente más abandonado para la herejía y el cisma por las incesantes inmigraciones, por el difícil problema de sus distancias cósmicas, por su índole racial soñadora y mesiánica, ha sido el Continente sin herejías. El Continente de la religión sin límites, sin reducciones; porque sellada en su origen por el sello de sangre de Jerusalén, vive lo católico no sólo como idea y como sentimiento, sino como realidad física. El mestizaje ha convertido a Hispanoamérica en raza universal. Católica.

Nuestra obra romana es lograr la unidad de civilización para influir.

Nuestra obra ateniense es lograr la unidad de cultura para trascender.

Nuestra obra jerosimilitana es lograr la unidad religiosa para misionar.

Unidad, no de suma, sino de comunión.

No aritmética, sino apasionada.

Epitalamio de la unidad: Unidad de creación.

Por eso Hispanoamérica puede sentirse europea y puede sentirse indigenista.

América comienza en los Pirineos.

Pero también Europa acaba en la Patagonia.

Lo malo de los europeístas es que sólo se sienten europeos.

Lo malo de los indigenistas es que sólo se sienten indígenas. Son los vicios de nuestras virtudes.

Pero ser hispano es sentirse europeo en cuanto indigenista. Y sentirse indigenista en cuanto europeo.

El europeísta que sólo se siente europeo no llega a sentir lo nuevo del Nuevo Mundo.

No es creador.

No posee el dramatismo católico que necesita la Hispanidad para su gran síntesis futura.

No es hijo de los Conquistadores. (Se queda en Europa, fuera de su tiempo, fuera de su linaje).

El indigenista que sólo se siente indigenista no llega a sentir lo mundial (lo universal) del Nuevo Mundo.

Tampoco es creador.

No tiene Historia.

Tiene tan sólo Arqueología.

No es hijo de los Indios. (Se queda en la barbarie. En la antropofagía intelectual, devorando al hombre español que todo hispanoamericano lleva dentro de sí).

El indigenismo revolucionario de las izquierdas es una mezcla híbrida de Marx y de Las Casas.

La cruz del mestizaje tiene cuatro términos:

1) El español, que se cruza con el indio, hispanizando, es decir, occidentalizando al indio. 2) El indio que se cruza con el español, venciendo culturalmente al español y sumergiéndolo en el Oriente misterioso de su concepción de la vida y del mundo. 3) El español racista, que no se cruza, que se aisla robinsónicamente en su cultura. 4) El indio irreductible, que se aisla cavernariamente en su primitivismo.

Existe una cruz igual de mestizaje hacia arriba. De absorción y conquista de las razas blancas inmigrantes.

América no sólo tiene que hispanizar su raza de profundidad que es la india.

Otros indios hay, quizá más difíciles —razas de extensidad—, que sin tener el sentido americano de la tierra, ni la elegancia espontánea de los dueños milenarios de nuestra naturaleza, llegan a América con leguas y psicologías foráneas a enriquecer nuestro mundo si su absorción es perfecta, o a

cuartear la solidez espiritual de nuestra cultura si su incorporación es débil o defectuosa.

En ambos mestizajes se dan los cuatro términos de la cruz. Violencia y lucha en las entrañas. Pero la Hispanidad está en el equilibrio de los dos primeros términos. En la mutua conquista. En la mutua incorporación bajo el signo cristiano.

Sólo el indigenismo de las izquierdas puede ser tan absurdo como el hispanismo racista —cifra bastarda frecuente en las derechas—, que sólo toma en cuenta lo español, queriendo árbol frondoso, pero sin raíces, sin acordarse que sin mestizaje la Hispanidad en América deja de ser Hispanidad. Que sin indio no hay americano, porque rompemos las conexiones (como los anglosajones del Norte que son, trágicamente, extranjeros en su tierra) con las hondas y ricas raíces de nuestra naturaleza y de su vitalidad nativa.

Recobremos al conquistador y al misionero, y recobremos al indio. De otra manera, nos perdemos con el indio (indigenismo siniestro), o nos perdemos sin el indio (hispanismo racista).

Dentro de la ecuación de mestizaje la cifra de elevación la da lo hispánico. Lo indígena da la cifra de profundidad.

En el barco de Hispanoamérica, el timonel es **lo español**. Y el timón **lo indio**.

Por tanto, una vez recobrada la dirección histórica —¡el piloto va en la altura!—, el indio deja de ser arqueología para convertirse en algo vivo y sustancial para esa misma historia —¡sin el timón que va en la profundidad, rasgando la entraña misteriosa del elemento, de nada sirve el timonel!—.

Norteamérica es una Europa trasplantada (Babel).
Hispanoamérica es una Europa continuada (Roma).

En la bahía de Nueva York se levanta, sobre el mar, la estatua de la Libertad.

En la altura de los Andes perfora los cielos la estatua de la Verdad.

La ciudad norteamericana es una asamblea de casas. Ciudad sin centro. Libertad de expresión y de pensamiento.

La ciudad hispanoamericana nace alrededor de un centro que es la Iglesia. Ciudad jerárquica. Pensamiento y expresión de la libertad.

Norteamérica es la civilización del "pacto social".
Hispanoamérica es la cultura del "cuerpo místico".
No se trata de dos mundos enemigos.
Se trata de dos vocaciones distintas.

En esto nos basamos para predicar y sostener ardientemente la primacía del hispanismo sobre el panamericanismo.

Anteponer, en el orden de los valores culturales, el panamericanismo a la Hispanidad, es conceder mayor valor a las relaciones geográficas o económicas que à las espirituales. Lo cual es un atentado contra el espíritu y una demostración de decadencia cultural.

Nosotros rechazamos la infiltración de los Estados Unidos más por cultura que por política.

Nuestra cultura es creadora, y por tanto, casta.

Cuando la cultura no tiene ese sentido de defensa —o de autoctonía, como lo llamaron los griegos—, se convierte en civilización meretriz; es decir, híbrida.

Casi todas nuestras ciudades hablan de algo nuevo. Nueva España. Nueva Granada. Nueva Segovia.
Nuestro mundo se llama Nuevo Mundo.
Nuestro hombre será el "hombre nuevo".
Estamos en un acto de creación.
Vamos a las bodas. No al burdel.

Por esta razón, el Protestantismo no sólo es peligro religioso. Es una ofensa política. Y más aún, una amenaza cultural.

Y cuando lo atacamos como "disolvente de la unidad nacional", no nos referimos solamente al peligro de su proselitismo numérico; es decir, a la cifra de hombres que resta de nuestra unidad, sino más bien al adulterio que comete en nuestra unidad, a la cuña bastarda que introduce dentro de nuestro proceso creador, prostituyendo una comunidad que necesita desarrollar limpia y vitalmente su tradición cultural sobre el tálamo católico.

Para un hispano nada hay más frío y esterilizador que la estrangulación de lo ecuménico hasta su reducción a secta.

El Protestantismo significa para el hispanoamericano la castración más brutal. Porque, conservándole las ansias, lo reduce a un eunuco, que nunca concebirá en sí al "hijo del hombre". Nuestro "hombre nuevo" queda para siempre detenido si entra al alma del pueblo este **birth control** de su más honda y entrañable creación.

Atacamos al Protestantismo por lo que entraña de enfriamiento de nuestra dramaticidad creadora.

Nada más terrible que el emparedamiento espiritual que produce una seudo-religión, a la que han tapiado las puertas sacramentales que nos daban la salida hacia Dios.

El Protestantismo es la mediocridad de una verdad a medias.

El Protestantismo es el enemigo de nuestra unidad. Es la desunión.

El Comunismo es el enemigo de nuestro destino. La falsa unión.

El uno no nos deja crear.

El otro nos lleva a una creación monstruosa.

El Protestantismo disgrega el "cuerpo místico".

El Comunismo lo falsifica.

El Comunismo es el reemplazo satánico de la comunión.

Así como Cocteau llamaba al licor y al opio "los sacramentos del demonio", así podemos nosotros considerar al Comunismo como lo contrario del misterio del cuerpo místico.

El cuerpo "mítico".

El sueño marxista de una convivencia sin misterio, de un cuerpo sin alma, de una hermandad sin Padre.

Toda la inmensa caridad del misterio católico es aplastada por Satanás contra la tierra como un insecto.

Y en vez de la Iglesia resulta el enjambre.

La comunidad trabajadora bajo la oscura ley implacable del instinto.

La crueldad infrahumana de rebajar el destino del hombre a la altura elemental del hambre y la sed.

La unión comunista produciría en América un hijo anterior a los Incas y los Aztecas.

Recogeríamos el fruto en la boca de las cavernas.

O Comunión o Comunismo.

El Protestantismo suele disfrazarse del Panamericanismo. Con traje geográfico.

El Comunismo suele disfrazarse de indigenismo. En desnudez histórica.

Más que defensa, la Hispanidad es permanente conquista.

Hacia fuera y hacia dentro.

Hacia fuera; en todo lo que podemos hacer e influir unidos.

Hacia dentro: en todo lo que podemos hacer e incorporar uniéndonos.

Cada nación debe tratar de hacer su síntesis propia, conforme las leyes comunes e históricas de esta conquista.

Cada nación conforme sus propias peculiaridades.

Porque la riqueza de nuestra unidad está en nuestra diversidad.

Otros busquen ser uniformes.

Nosotros somos universales.

Uni-diversos.

Cada zona, cada país tiene su misión.

A sus nuevas juventudes corresponde descubrir y luego conquistar ese destino.

No ceder. No ceder. Y, nuevamente: no ceder.

No rebajar la meta del gran propósito.

Si alguno cae: entregue su antorcha, y siga el relevo.

No se hace la Historia completa en una generación.

Cosa pequeña sería la Hispanidad si la encerráramos en nuestros años.

Se nos ha dado el porvenir. El porvenir de veinte naciones en haz.

Soñemos. Invitemos a los soñadores a cantar las dimensiones jubilosas de esa gran fuerza futura.

Trabajemos. Invitemos a los conquistadores a emprender el camino de la aurora.

"En espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua".

P A B L O A N T O N I O C U A D R A

MANUEL MACHADO, EL POETA DE "ADELFOS" (1874-1947)

¡Ay, qué anciano soy, Dios santo!, clamó Rubén frente al mar latino en un poema memorable por la humana verdad de su doctrina, increíblemente confiada a la virgen y alegre claridad expresiva de una estrofa pequeña, tan quebrada y sonora y rigurosamente agotada en su límite formal. Qué misterio más claro el de la palabra poética en Rubén. Tan anciano, tan viejo como el mar más viejo del mundo se sentía nuestro poeta —y era tal vez la contemplación cercana y amiga de ese mismo mar la que le hizo tan nuestro—, y sentía su antigüedad, su más noble y condensada ancianidad humana —Adán recién nacido a la muerte a las puertas del Paraíso— en roca, en aceite, en vino.

En roca: la piedra al sol de la montaña en su materia aérea y trascendida y la piedra castigada y soñadora del acantilado. En aceite: los glaucos, unánimes, vastos y pingües olivares y el tronco partido de cada olivo, con su cigarra cantora en el día y su triste coruja durante la noche. En vino: la cepa achaparrada y sarmentosa, pegada a la tierra, los verdes pámpanos primaverales y los racimos con áureas y rosadas transparencias del otoño, el lagar con canciones y la fresca bodega en penumbra. Y en todas estas cosas, la vejez más segura, más virginal y sencilla de la voz creadora del hombre.

También nosotros podemos decir hoy de la poesía de Manuel Machado: ¡Ay, Dios santo, pero qué vieja, qué viejísima es la poesía del más joven de nuestros poetas líricos —viejísima por lírica— y cómo su antigüedad se siente —¡gracias, Señor!— en vino, en aceite, en roca también más de lo que a primera vista parece. Pero sobre todo en vino; en el vino más espiritual —espirituoso— y añejo, que es donde está la verdad. Poesía de estirpe verlainiana, de la misma solera —¿sevillana o parisiense?— que la de aquel que fué, al par que el más grato y más leve, el primer lírico religioso —por

su sagesse, y también por su celeste epitalamio, por su bonne chanson— de su tiempo.

Sentir la propia vejez personal, la de la obra, verdadera ya y no sólo sincera, en vino. Y en aceite. Y en roca. Tres ejemplos tan distintos, tan distantes entre sí, pero tan misteriosos y evidentes todos tres. Tres ejemplos tan ejemplares para la poesía. Y, sobre todo, el vino por alado y ligero. Todo lo que tiene alas pertenece a una raza superior. Por eso, la intensidad lírica, eliminando los contenidos penosos, como quería Keats, le dará alas al verso para la transparencia en el vuelo de la materia trascendida, de la carne que se hace —y es su mayor encanto— habitación pasajera de la gracia, de esa gracia que, según reciente declaración —medio en serio, medio en broma, y más en broma cuanto más serio— de Manuel Machado, es, en todos sentidos, la inspiración para el poeta. La Muse qui est la Grace, había dicho Claudel, más rotundamente y con mayúscula, al escribir sobre ella una de sus cinco grandes Odas. El vino, que es la verdad de la obra inspirada, personal y tradicional a un tiempo, podemos decir nosotros, con minúscula nada más. Y esto, no sólo para el andaluz Manuel Machado, sino para el danés Sören Kierkegaard, que no podía contentarse con el desvitalizado idealismo racionalista de su tiempo, al que debemos, sin embargo, algunos bienes, y también algunos males, en el orden de la cultura. (Entre paréntesis, podemos añadir, ya que hemos mencionado a Kierkegaard, que en el terreno religioso el protestantismo, frente al catolicismo, es una religión sin vino, es decir, para el buen catador de caldos espirituosos —espirituales— no es una religión).

Sentimos la poesía de Machado, los que la sentimos, vieja y antigua como el vino, como el mar más viejo del mundo. Poesía que nació, a pesar de su breve y airosa presencia, cuando no precisamente por ella, cargada más bien de siglos que de años, popular y cultísima, siempre fina y aristocrática, con blasón y elegancia heredados, como dijo el hermano —el del mirar tan profundo que apenas se podía ver— de la suya propia.

Y este es el secreto de la verdadera poesía: la de Verlaine como la de Rubén, como la de Antonio o la de Manuel Machado que en el momento de nacer sea

tan vieja, que más allá o más acá de todas las modas, de todas las escuelas y todas la novelerías diga de nuevo lo que ya se dijo, como quería Unamuno, y no sólo sea nueva —la de Verlaine y la de Rubén lo fueron como escuelas y aun como modas—, sino su más profunda, ya que no su única novedad, resida en su ancianidad, en su manera de expresar virginalmente las cosas, diciéndolas de nuevo. Esta virginidad de lo viejo no quita la personalidad, al contrario, la da. Porque la personalidad es tanto más fuerte cuando más hondamente arraigada está en ese cielo de la carne que es la tierra del espíritu, según la enmienda que hace el mismo Unamuno de los dos famoso versos de Lope:

Lope de Vega, claro, de improviso:
si el cuerpo quiere ser tierra en la tierra,
el alma quiere ser cielo en el cielo.
Pero debe enmendársele el inciso:
si el cuerpo quiere ser cielo en la tierra,
el alma quiere ser tierra en el cielo.

Cuando Manuel Machado empieza a publicar sus versos está en auge la influencia en la poesía española, a través de Rubén Darío, y bien pronto, aun a pesar de él, del simbolismo francés, ese movimiento artístico-literario que a estas alturas aun no sabemos bien lo que ha sido. No lo sabemos bien, críticamente bien; pero ¡qué gran lección poética la del simbolismo y qué ultimos aciertos espirituales del poeta están contenidos en su lección! Porque ha afinado y agilitado hasta la pura delicia musical el instrumento lírico sin olvidar lo más humano. Empleando el lenguaje crociano, podríamos decir que el simbolismo, siempre a la zaga de sus grandes predecesores, y en parte iniciadores, va sustituyendo todo lo que en el romanticismo y después en el parnasianismo había de poética oratoria por verdadera substancia aun verdaderos accidentes líricos. Tanto es así, que a sus incondicionales y a sus exégetas se les ha reprochado con frecuencia el que al defenderle defendieran la esencia misma de lo lírico más que a una escuela determinada. Dicho de otra manera: el simbolismo ha sustituído una retórica del sentimiento como contenido vital

más sincero por una retórica de la imagen como contenido espiritual más verdadero. Pero siempre queda —a pesar del famoso verso de Verlaine en su arte poética— una retórica, que si no la poesía no sería en última instancia, como lo es, una cuestión de palabras en el lenguaje. Así el simbolismo mantiene al hombre, como viva presencia ordenadora, frente al símbolo y reduce la poesía, que ya en Baudelaire, pero sobre todo en Rimbaud y en Mallarmé, quería ser una norma suprema de conducta, cuando no un método de conocimiento, a los límites de la mera literatura. Por eso, en el umbral de sus creaciones literarias más que a ninguno de los tres grandes poetas citados —poetas del orgullo, cada cual a su manera de decir, según la exigencia supraliteraria de su obra poética—, debemos colocar, como una confirmadora excepción, la humildad de Verlaine; de ese cristiano, pecador y humanísimo Verlaine, con el que nuestro Machado ha tenido voluntariamente en sus comienzos tantos puntos de contacto, más a menos superficiales o profundos.

¿Ha sido Manuel Machado simbolista? ¿Ha sido al menos, según nuestra versión española del simbolismo, modernista? En general, la crítica literaria ha contestado afirmativamente a esta pregunta; pero, al contestar que sí, no se ha dicho toda la verdad. Más verdadero sería decir que, por lo pronto, Manuel Machado ha sido desde su juventud lo suficientemente viejo por naturaleza, y también por gracia, para poder albergar en su verso la más noble ancianidad del simbolismo al par que su novedad más urgente. Por eso, porque fué un día tan viejo en su juventud se mantiene hoy tan joven en su vejez. Y a lo largo de sus libros, de toda su reducidad, pero suficiente obra lírica, ha venido prevaleciendo lo antiguo sobre lo nuevo. Hasta que esto, lo nuevo, desaparece casi por completo —siempre conviene que haya una dulce reminiscencia del primer amor literario— y queda entonces su poesía depurada, diciendo nada más lo que ya se dijo, y hasta diciéndolo con las mismas formas métricas, populares o cultas, empleadas también por el pueblo andaluz y por los demás poetas del momento.

Aunque hay muchas cosas de la mujer, del placer y de la pena, de la vida y de la muerte, del vino, como es lógico, y hasta de la misma poesía, que parece que nunca habían sido dichas en español —ni, por lo tanto, en ningún otro idioma— hasta que Manuel Machado las dijo con sus versos, que no solamente en ellos. Y en este parecer —que se funda en el dicho y no sólo en la expresión— está el secreto de la personalidad, tan señera e ingente que para sí la quisieran otros poetas de obra más extensa, original y ambiciosa. Porque su poesía es tan personalmente creadora como la de su hermano Antonio, que ya es decir, y es precisamente la diferencia tan acusada de personas la que origina la diferencia radical, de intención y de logro, que hay entre ellas. Aunque, a veces, se oigan acentos de las voces de cada uno de los dos hermanos en la voz, personalísima, del otro.

Ambas poesías, la de Manuel y la de Antonio, se mantienen en su arranque fieles a cierto subjetivismo melancólico —pero no elegíaco, como el de Villaespesa y el de Juan Ramón Jiménez por esta misma fecha— y a cierta soberana actitud de reserva ante el mundo, que provienen, inmediatamente, a pesar de su más remota ascendencia becqueriana, de los poemas contemporáneos de Rubén. Y ya en su arranque, ambas poesías, nos han hecho patentes dos personalidades humanas bien distintas; pero es sobre todo en el momento ineludible de la salida a la realidad del mundo exterior —momento que les llega casi a la par a los dos hermanos con la madurez del corazón— cuando sus voces poéticas definitivamente se separan, para coincidir, al cabo de los años, en esa heredada vejez de fondo y de forma —verdadera poesía gnómica española— de sus cortas sentencias en octosílabos.

Porque Antonio sale de sus Galerías y de sus Soledades, de sus bellos caminos interiores en sombra, donde ya está sentido, de una vez para siempre, el paisaje castellano, a la revelación intensa y delicada, concretamente metafísica y trascendentalmente geográfica y minuciosa de ese mismo paisaje, ahora ya con sus hombres, en sus Campos de Castilla. Y la salida de Manuel, desde su Alma y sus Caprichos, no es única. Por una parte

sañe, en Museo y Apolo, a una interpretación pictórica de temas de nuestra historia y de nuestra literatura, corroborada por una visión literaria de temas de la pintura universal europea. Estos dos libros, en los que todo posible didactismo queda sometido al imperio suave de una sutil emoción estética nada más, son los más modernistas, seguramente, de toda su obra lírica. Por la misma época, otro poeta, cuyo nombre está unido al de los dos hermanos, más aún que por vínculos literarios, por los de una duradera y ejemplar amistad, Antonio de Sayas, luego Duque de Amalfi, dará en otros dos libros suyos Retratos antiguos y leyendas —la versión española de los mismos temas con arreglo a la más pura ortodoxia parnasiana.

Pero, por otra parte, ha salido Manuel Machado, en su Canto hondo y algunos años después en Sevilla, a la copla popular andaluza, desnuda y libre, escuetamente imaginática, sin imaginería superpuesta; es decir, a la recreación personal de lo popular y anónimo poético andaluz, en la que va a ser un precursor de otras voces más jóvenes y cercanas, pero va a quedar impar —ya que los que con tanta fortuna y tanto acierto vinieron después no resultaron demasiado aficionados a ello—. Como cantor de la mujer que, bajo el cielo de Andalucía, sólo se concibe niña aun, mocita en agraz, mujer hermosa, muy hermosa y muy mujer, que dijo el poeta, o ya vieja como Santa Ana —en su relación directa con el hombre.

¡Qué lejos está Manuel Machado, en su poesía popular andaluza, de toda poesía pura, pero también de todo romanticismo sentimental y estéril! ¡Qué cerca, en cambio, el poeta de "Adelfos" de sí mismo y sus trovos por soleares de sus "Cantares" y de su "Antífona"! En este feliz ayuntamiento de lo popular y lo culto es donde se ve bien claro que lo popular era mucho más culto todavía, y que la voz inicial del poeta era tan vieja en medio de los refinamientos del simbolismo, porque estaba llamada, irremediablemente, a cantar por soleares. ¡La Soleá! ¡La soledad! El cantar favorito del pueblo de Andalucía, como dice Becquer en el prólogo que le puso al libro de cantares de Augusto Ferrán; esa especie de hai-kai a la andaluza, es decir, con el alma y con

hombría frente a la mujer, con todo lo que hay que tener, humanamente, y que al otro, al que es una especie de soleá a la europea, aunque nos haya venido del Japón, le falta. Su voz, desde los henchidos cuartetos en alejandrinos de "Adelfos", estaba llamada a cantar y su pensamiento a pensar cordialmente por soleares también, que es una manera muy española de pensar, en la que coinciden los dos hermanos.

Y esta voz popular, llena de gracia y, al par, de seriedad, que aspira al anónimo, no le abandonará ya nunca. Aunque quiera él. Los hombres son los hombres, y hay cosas en la vida . . .— abandonar, de vez en cuando, a ella . . ., para volver después más enamorado a sus brazos. Pero tampoco nos explica ella sola la producción posterior del poeta. Porque ya antes de su Cante hondo había escrito Manuel Machado un libro excepcional —El mal poema—, un libro que es una desviación en doble sentido, y hasta, si queréis, un mal paso, pero en el que nos revela, unida a una actitud humana más sincera que verdadera, la esencia misma de su personalidad lírica. Sí, primero en "El mal poema" y después en Ars moriendi, es donde hay que buscar las cosas dichas por Manuel Machado de una manera más definitivamente suya. Y en el primero de esos dos libros las dice, sobre todo en octosílabos de pie quebrado, que fluyen como un arroyuelo del agua remansada en las coplas cerradas y graves de Manrique. También Siglo de Oro, han coincidido las voces de los dos hermanos, lo mismo Antonio que Manuel nos han dejado escritos en él alguno de sus mejores poemas.

En El mal poema se ha sentido Manuel Machado demasiado cerca de la nada, o, diciéndolo a la española, de la falta de ganas de hacer nada, ni siquiera versos ni poesía, que ya preludió en "Adelfos". Y, sin embargo, con esa falta de ganas ha hecho uno de sus mejores libros. No está, en ese momento de desgana, ni siquiera desengañado. Porque lo fugitivo —lo importante es el instante que se va— no tiene la pretensión de permanecer dolorosamente en él. Y es, tal vez, ese dolor de la imposible permanencia del encanto más fugaz, el que le falta al poeta, y esta falta la que le hace calificar de malo —en realidad no lo es tanto— a su poema.

(Hay, por otra parte, una evidente preferencia por los poetas malditos). Y en el Ars moriendi ¿no falta también en la memoria del corazón el dolor de haber vivido? Quisiera el poeta no haber vivido, por lo menos no haber vivido tanto, y se siente morir donde mismo no ha dejado de vivir, en la mujer, y su arte es el mismo ars amandi de toda su vida: el arte de amar un poco y dejarse amar mucho para, al final, encontrarse con que todo lo que no se ha dado se ha perdido. Pero la pérdida no le duele demasiado y no necesita más consuelo que la galantería del más bello madrigal. Aunque eso sí, después de tan galante preparación a la muerte, y habiendo quedado lleno solamente de sospechas de verdades, no volverá a escribir más versos durante mucho tiempo.

Así, sentidos y dichos por el renunciamiento voluntario más que por la aceptación del sacrificio, sus versos profundos, aunque como en Ars moriendi hayan renunciado al sin querer divino, pueden parecer tan superficiales. Pero también sucede lo contrario: que sus versos más superficiales, los llamados versos de circunstancias, le resulten, por la nativa ancianidad que persiste en su voz, tan profundos. Muchos versos de circunstancias ha escrito Manuel Machado, y hasta podemos decir que, a partir de su despedida prematura de la vida que no quería vivir, ha sido sobre todo un generoso, elegante y afortunado poeta de circunstancias, de elogios y dedicatorias, de álbum y de abanico. Y en todos estos versos, la estrofa más alada, la rima más feble, sirve para decir la sentencia más honda. Versos de circunstancias, sí, y hasta toda una poesía de circunstancia que sabe poner el encanto de su prestigio lírico en la alusión penosa del compromiso o del encargo. Recogidos a lo largo de los años estos versos, con el título de Dedicatorias, llenan un libro entero del tomo de sus poesías y, además, con el mismo título una parte del libro Phoenix, el que viene inmediatamente después, al cabo de catorce años, de Ars moriendi, y que, como indica su nombre, contiene la voz nueva del poeta, renacida de sus cenizas.

Sin embargo, esta voz, en su nueva juventud, sigue siendo tan vieja, tan verdaderamente poética y personal como antes. La misma agua sigue corriendo por

el mismo cauce. La misma poesía por los mismos versos. No se trata de ninguna audaz aventura de última hora, de ninguna desdichada adaptación a corrientes más actuales. Hay asombro reiterado, pero no sorpresa. Manuel Machado sucede a Manuel Machado. Y entre los poemas de Phoenix hay uno que, al reunir en sus tres breves estrofas los temas del parque, del niño y de la fuente cantora que le canta la pena sin contarle la historia, que es sólo voz de leyenda soñada en su romanza sin palabras, nos hace tal vez más evidente que ningún otro ese misterio de antes de nacer —tan cierto, pero tan arcano como el de después de morir—, que hay en la mejor poesía de Manuel Machado:

Esto es sumamente serio
y encierra un sentido grave
La fuente tiene un misterio:
dice . . . lo que el niño sabe.
Porque él lo sabe, y atento
a la parlera corriente.
tiene lleno el pensamiento
del discurso de la fuente.
. . . Pero tú no entenderás
la voz demasiado oída.
Eso no se sabe más
que al principio de la vida.

Sí, el poeta, renacido en el tiempo, es, al llegar aquí, más el mismo que nunca, de tal modo que su renacimiento no ha consistido en una renovación literaria, sino en algo tal vez más importante para la verdad de su poesía, de esa poesía que sigue sabiendo las cosas que no se saben más que al principio de la vida en volver a regalarnos los inmaculados acentos de su más joven ancianidad humana.

Y ahora, volvamos a abrir, por su primera página, por aquélla en que está escrito el primer poema de Alma, su primer libro: "Adelfos". Que aquí está la vejez en roca, en aceite, en vino sobre todo; la que, hoy día, le hace a él tan joven como poeta y tan verdaderamente lírica y humana a su poesía.

L U I S F E L I P E V I V A N C O

POESIA DE LA SOLEDAD EN ESPAÑA

Introducción.

Se tiene por inconcuso que los grandes valores permanentes de la invención poética española residen en el poema heroico, en el romance, en la novela picaresca, en El Quijote y en el teatro, lo que es tanto como decir que el más vivo hontanar de la poesía española surte de una actitud de ánimo activa, cercana a la realidad, sociable y belicosa.

Sin duda se admite al margen de todo esto la relevante validez de los místicos españoles como autores de influjo educador y edificante, pero se considera éste, sobre todo, como algo vinculado a la época, y desde la ilustración, alicaída su virtud, hasta cierto punto. De su rica lírica religiosa, sólo se han conservado vivos unos pocos cantos devotos.

Haciendo por tal manera el finiquito, se olvida una fluencia de poesía que deriva tácita, soterraña casi, a través de los siglos: su vaso, no obstante, comunica secretamente con la linfa tumultuosa de los romances, las novelas y las comedias. Se trata de una poesía represada, trasvenada, encenegada a trechos, poesía de la soledad, en fin, o para servirnos, en sentido lato y desdogmatizado, de un término teológico: poesía del quietismo. De sus conexiones y de sus formas literarias vamos a ocuparnos justamente.

La palabra soledad.

Con la palabra soledad suele designar el español la actitud exterior e íntima propia esencialmente de este género de poesía.

Consideremos por de pronto el vocablo. La tesis de que etimológica y fonéticamente proceda de solitatem es indefendible. Tanto la conservación de la i pretónica como e en soledad (compárase solidata = soldada - so-

litarium = soltero) como la gran rareza de la palabra latina solitas permiten suponer que se trata de un producto nuevo del suelo ibérico. Solitas en el sentido aproximado de solitudo solo ha podido señalarse, según el Thesaurus linguae latinae de Munich, en Accio, Apuleyo y Tertuliano y siempre en singular. Incluso no es imposible que en cada uno de estos autores latinos sea la palabra elucubración de propia minerva. Es, desde luego, el caso de Tertuliano, que le da un significado especial: Monotes et henotes, id est solitas et unitas... (Tert. adversus Valentinianos 37). Según esto, el término español "soledad" se nos aparece como una nueva versión docta, es decir, como una creación literaria, sugerida al parecer, por la lírica galaico-portuguesa medieval.

En portugués tiene la palabra una figura fonética más solariega ciertamente, aunque en modo alguno consecuentemente fijada por transmisión léxica. Aparece como (1) soëdade, (2) soïdade, (3) suïdade y como vocablo de cuatro sílabas, en la mayoría de los casos, en los cancioneros de los siglos XIII y XIV. Su significación evidencia, desde un principio, un psíquico abismamiento que ha de caracterizarse como una parva poetización, como algo esencialmente lírico. "Soledad", "desamparo", "ausencia", adquieren en el lenguaje de los trovadores galaico-portugueses la significación expresa de "duelo", "querella", "anhelo", "querencia", "languidez" y "nostalgia".

Que soïdade de mha senhor ei . . .
Nom poss'eu, meu amigo,
com vossa soïdade
viver . . .

son formas que encontramos en el cancionero del rey Denis (1279-1325). Vossa soïdade no quiere decir aquí "vuestra soledad", sino la "nostalgia que de vos siento por causa de vuestra ausencia" (1). En la poesía

(1) Véase Henry R. Lang "Das Liederbuch des Konigs Denís von Portugal". Halle 1894, versos 748 y 2,078. Del mismo v. también la edición del Cancionero Gallego-Castellano, New-York, 1902, especial-

portuguesa posterior se da, incluso, el caso de identificar la nostalgia que se siente por el ser ausente y querido con este mismo ser querido y ausente.

Suïdade minha,
quando vos veria? (Sâ de Miranda)

y:

Minha saüdade,
caro penhor meu,
a quem direi eu
tamanha verdade? (Camoens) (2).

Así adquiere la palabra suïdade la significación ocasional de un nombre cariñoso. Este tiene que haber estado en uso en tierras portuguesas mucho antes que en Castilla se adoptase Soledad como nombre de mujer bajo la mariana advocación de María de la Soledad.

Puede decirse que el uso desplazó completamente en Portugal la significación objetiva de la palabra como "soledad-yermo" por el sentido nostálgico y amoroso, habiéndose de recurrir para expresar aquella significación a otros términos, como soidao, solidao, isolamento, retiro, ermo, deserto, abandono, desamparo ausencia, y al vocablo soledade, de oriundez castellana. Después que sobrevino esta diferenciación en las postrimerías del siglo XV, se instala ya definitivamente el término soïdade en el mundo de los sentimientos y de la subjetividad.

También la forma fonética se va modificando poco a poco. Es cierto que la vieja forma soëdade se conserva en la poesía como arcaísmo hasta entrado el siglo XV, especialmente en el caudal literario galaico-portugués. Incluso modernos artífices del lenguaje como Rosalía de Castro y Curros Enríquez vuelven a usarla con tendencia restauradora. En el siglo XIII se señala la segunda forma fonética soïdade; suïdade, la tercera, se mantiene aún hoy viva en la poesía popular gallega:

---

mente la nota de la p. 199 ss. Es muy instructivo el estudio de Carolina Michaelis de Vasconcellos titulado "A saudade portuguesa", 2da. ed. Porto, 1922.

(2) Michaelis de Vasc. ob. cit. p. 107 ss.

Meu amor, meu amorinho,
ond'estas, que non te vexo?
morro-me de suïdades
e dia e noite em ti penso.

(Ballesteros: Cancioneiro popular da Galiza, 1885-86).

En la zona lingüística puramente portuguesa, donde, al parecer, no ha podido señalarse el término soëdade, es soïdade la forma más antigua. Predomina en Don Denis. Pero luego se impone el término suïdade, acompañado del adjetivo suidoso. Se les suele señalar hasta fines del siglo XVI. Junto a esta forma aparece —por primera vez en el siglo XIV, aunque frecuentemente sólo en el transcurso del XVI— la forma portuguesa, hoy imperante, saudade, más, al parecer, con el acento concomitante sobre la u por de pronto y como vocablo de cuatro sílabas, y sólo más tarde con tres sílabas y la acentuación accesoria sobre la primera a. No puede tratarse aquí de un cambio condicionado por motivos de índole fonética. Las formas suidade y saudade compiten durante largo tiempo. La forma en au es la más popular y la que acaba siendo considerada como la forma nacional portuguesa. Ya a fines del siglo XVI es exaltada "a saudade portuguesa" como algo propio de la idiosincrasia nacional, como un distintivo de excelencia del alma lusitana y como un refinamiento del sentir, a su vez objeto de burla por parte de los castellanos (3).

Pero dejemos esto aquí y tratemos por lo pronto de averiguar la procedencia de la fonía au y cómo se ha introducido en tan difundida palabra. Deben haber intervenido uno o varios grupos de palabras de figura fonética semejante y de valor aproximado por lo que a la significación se refiere. Se ha aludido a la voz árabe saudá, "hipocondría, mal de corazón, melancolía, desánimo": pero más a mano tenemos el grupo de palabras portuguesas saude, saudar, saudações, sanidade, salvar —con las etimologías salus, salvus, sanus, por lo tanto—, cuyo influjo propugna muy hábilmente Carolina Michaëlis de Vasconcellos, refiriéndole al es-

(3) V. Carolina Michaelis de Vasconcellos, ob. cit. p. 75 y 155.

tilo epistolar, a resonancias bíblicas, a votos y bendiciones de índole religiosa, dirigidos a amigos ausentes.

Podría, finalmente, a mi ver, argüirse el influjo de suave-suavis-, palabra que con afición y frecuencia se ha usado vehementemente por los trovadores provenzales, así como más tarde, por la poesía humanística. La idea de atenuación y remisión referida a estados de ánimo se incluye perfectamente en el área de significado de la saudade portuguesa. Considérese, por ejemplo, el sentido de estos versos de Dom Joam de Meneses:

Faz me alguuma saüdade
vyrem cousas aa memorea
que passey, mas na verdade
nam me dam pena, nem glorea.

(Cancionero geral, de Résende. Bibl, d. lit. Vereins, Stuttgart, t. 15, p. 109).

Las transformaciones, lo mismo de la forma fonética (4) que del significado de la saudade portuguesa, han de considerarse, creo, yo, dentro de la más íntima relación tanto con la historia de la poesía y en ella con la de la métrica, como con la del pensamiento lírico. Tiene razón Faria y Sousa cuando en su comentario de Camoens dice que saudade es "palabra que se quiere hacer misteriosa en portugués" (5). Parecido es el moderno testimonio de Adolfo de Castro, según el que saudade viene a abarcar todo el mundo de sentimientos y pensamientos que las circunstancias de la soledad nos sugieren (6). Hasta qué punto saudade supone y expresa un sentimiento y una querencia puramente personales, individuales incluso, evidénciase, por ejemplo, por el hecho de que el diablo mismo experimente su saudade

(4) En el Diccionario Etimológico da lingua Portuguesa (Río de Janeiro, 1932) nos da Antenor Nascentes, sub voce "saudade", la bibliografía de los intentos explicativos de la forma fonética en "au".

(5) Véase en la nueva edición crítica de "El Quijote", por Rodríguez Marín, Madrid, 1928, t. VII, p. 351-64, el apéndice XXXV que lleva por título "Soledad=Saudade".

(6) Estudios prácticos de buen decir y de arcanidades del habla española, Cádiz, 1830, p. 293.

especial. En el Auto da barca do inferno de Gil Vicente (1517), dice el diablo al tahur:

> Mas tornemos a jogar,
> porque tenho saüdade
> de te ouvir arrenegar
> do misterio da Trinidade.

(Gil Vicente, Obras, t. I, Coimbra, 1907, p. 140).

"Saudade" y "morrer de amor" es algo cuya resonancia —dice Carolina Michaëlis de Vasconcellos— nos llega a través de las mejores y más famosas obras de la literatura portuguesa. Algo que alienta en el delicado libro de Bernardim Ribeiro y en los escritos de sus sucesores Samuel Usque y Gaspar Frutuoso; algo de que rebosa la lírica de Camoens, y buena parte de sus Lusiadas, así como la más sentida poesía de Almeida Garret. Y esta resonancia se percibe hoy en las canciones populares, lo mismo que en el canto del pueblo ennoblecido por los viejos trovadores galaico-portugueses (7). No es leve cosa, ni mucho menos, lo que por su parte se huelgan los portugueses de esta palabra y de la actitud psíquica y la plácida blandura vinculada a ella. Apenas se pronuncia en Portugal un discurso de circunstancias en que no se mencione y celebre la saudade como la más amable peculiaridad de la nación. Algo parecido a lo que ocurre con la "placidez" en la Alemania meridional. Pero es que, además, en el Portugal de nuestros días no sólo tenemos el saudoso, sino el saudosista. En 1912 se fundó la revista "A Aguia", en la que había de cultivarse conforme a un plan y cimentarse ideológicamente el ultraromanticismo neo-portugués del saudosismo (8). Los poetas brasileños de la época romántica y post-romántica no quedan a la zaga de los portugueses en la variación de los motivos saudosos (9). Merced a éstos y parecidos empeños, en virtud de este

(7) Car. Mich de Vas. ob. cit. p. 40 ss.
(8) Ibid. p. 117 ss.
(9) V. Arturo Farinelli: "A" "saudade" portuguesa e brasileira, e a obra poética de Magalhaes" en las Conferencias brasileiras proferidas em Sao Paulo em 1927, Sao Paulo, 1930, p. 159-77.

culto sentimental premeditado, la palabra saudade quedó lastrada hasta tal punto de valores sentimentales líricos, que la significación originaria y objetiva quedó por completo oculta y fué olvidada. En los textos poéticos sólo he dado con un caso en que pueda percibirse una resonancia o un eco de la significación objetiva de soledad. En la estrofa 34 de la conocida égloga "Basto", de Francisco de Sâ de Miranda (1536, aproximadamente), se dice:

A suidade ñaon se estrece,
Porem sofra o coracao,
(Que este é o que mais me empece),
Se outro senhor nao conhece
Salvo justiça e rezao (10).

Según la coherencia del conjunto, el sentido sólo puede ser, poco más o menos, que para quien es incapaz de lisonja y la razón y la justicia sólo acata, la soledad es algo inevitable. Es evidente el castellanismo en el giro naon se estrece (la soledad no se estuerce).

Ahora bien, cuando eminentes sabios españoles como Menéndez y Pelayo, y Rodríguez Marín, aseguran reiteradamente que la soledad castellana equivale en todo a la saudade portuguesa, aluden con ello a la significación en el sentido de nostalgia, duelo y cuanto con hondura, delicadeza y copia de sentimiento y sensibilidad se relaciona. No porfiaremos, ciertamente, demasiado, en este punto psicológico de su ambición nacional. Pero el hecho es que sólo de uno a dos siglos más tarde aparece el término soledad en los textos castellanos y que un poeta como el Arcipreste de Hita, nunca lo usa, en cuanto se me alcanza, en su "Libro del buen amor", aunque no le faltaran en verdad circunstanciales ocasiones para hacerlo. Es también digno de notarse que en el siglo XV compiten con soledad otras palabras cultas: solitud, en el sentido objetivo de soledad, en el Marqués de Santillana (N. B. A. E., t. XIX, p. 540) y en Carvajal o Carvajales; solitut (Antología de poe-

(10) Poesías de Fr. de Sa de Miranda, ed. Carolina Mich de Vasconcellos. Halle, 1885, p. 168 y el glosario p. 910 sub voce estrecer.

tas líricos castellanos p. Menéndez y Pelayo, t. II, Madrid, 1923, p. 188) y en Gómez Manrique (N. B. A. E., t. XXII, p. 44): en mi triste solitud; soledumbre en Fray Hernando de Talavera (N. B. A. E., t. XVI, p. 37): lugar de soledumbre; es, finalmente, decisivo, por lo que respecta a la peculiar índole de los hábitos lingüísticos propios del castellano, el hecho de que en ninguna época ni en ningún círculo literario, ni siquiera entre los poetas eróticos cortesanos, se haya sumergido y anulado la significación objetiva de la palabra soledad en la psíquico-subjetiva, en la medida en que esto ha ocurrido en portugués. Cierto que el sentido de la palabra castellana puede calar hasta honduras de "desesperanza" y "desesperación", como, por ejemplo, en los versos de Diego López de Haro:

que, después de ser perdido,
bivo en tanta soledad
que desseo no haber sido . . .

(N. B. A. E., XXII, p. 745).

Pero la resonancia objetiva no se extingue del todo. Incluso puede hacerse jugar el vocablo con esta ambigüedad, lo que sería francamente imposible en portugués. Cuando Juan Agraz sutilmente canta:

E dexar quien te servía,
Senyora, tu soledad,
más lo siento que la mía

(Ibid, p. 210).

el doble sentido de la palabra cobra realce evidentemente: "Que quien te servía haya de abandonarte, o haya de ser abandonado por ti, esta nostalgia que de ti siento me duele más que mi soledad". De índole semejante es el doble sentido que se insinúa cuando en el lenguaje antitéticamente sutilizado de la "Cárcel de Amor" (1492) la reina madre escribe a su hija Laureola: "Beviré en soledad de ti y en compañía de los dolores que en tu lugar me dexas . . ." (N. B. A. E., t. VII, p. 17): o cuando Duarte de Brito, que de preferencia componía

en portugués, exclama en castellano cuando en esta lengua escribe una apasionada canción a su amada:

¡Oh fuente de crueldad,
de lloros y sentimientos,
robo de mi libertad,
y soledad
de mis tristes pensamientos!

(Cancioneiro geral de Résende, Bibl. d. lit. Ver. Stuttgart, t. XV, 1845, p. 345).

Obsérvese que los matices objetivo-subjetivos de la significación se difluyen por completo. Hasta podría sentarse que la significación sentimental va ocasionalmente más lejos en castellano que en portugués, y ello, a tal punto, que el sentido de "nostalgia" y "duelo" queda a su vez empedernido y objetivado como "tormento de la nostalgia". Ocurre así, por ejemplo, en la canción erótica del Príncipe de Inglaterra, en el "Dom Duardo", de Gil Vicente, donde se dice:

que no duerme mi dolor,
ni soledad sola una hora
se me pierde.

(Obras de Gil Vicente, t. III, p. 175).

Incluso puede especificarse la significación al extremo de designarse con la palabra soledad un canto de pena o una canción de quejumbre en giros como éste de pronunciar soledad que encuentro en Guevara:

las aves roncas, quejosas
pronunciado soledad
con sus bozes congoxosas

(N. B. A. E., t. XXII, p. 504).

O en parecidas expresiones en boga como cantar soledad, cantar soledades, por ejemplo, en la epístola a Jorge de Meneses de Jorge de Montemayor, (ciertamente de formación portuguesa):

Y ver Juana en la fuente coger flores
su soledad cantando a Catalina.

Cabalmente en estos giros vuelve a manifestarse la tendencia castellana a exteriorizar lo subjetivo y especificar, a su vez, el sentimiento. Y es así como en Andalucía, donde se cruzaron influencias galaico-portuguesas y castellanas, llegó a designarse con soledad, - solear. soleá, soleares —una forma poético-musical definida. Es probable que sólo de modo titubeante y lento acabara la expresión cantar soledades asiéndose a este determinado género andaluz de las soleares. Originariamente se designaba con ella todo género de canción melancólica. Las formas definidas de las soleares de nuestros días pueden comprobarse retrospectivamente hasta el siglo XVI, por lo menos en lo que se refiere al metro. Una solear consta de tres o cuatro octosílabos que asonantan el segundo con el cuarto y el primero con el tercero (11). Luego, en los siglos XVII y XVIII, la devoción de la Virgen de la Soledad contribuyó no poco, es cierto, al cultivo de este género y a su arraigo. Aún en la lengua de nuestros días, en los piropos de los andaluces, se evidencia cuán popular era esta devoción de la Virgen de la Soledad: "¡Ay qué ojos!" ¿te los ha prestao la Virgen de la Soledad, hija mía" (12). La forma musical de la solear andaluza se precisa como una "tonadilla en compás de tres por ocho y tonalidad menor, modulando a veces a su relativo mayor y haciendo una breve pausa en la subdominante del menor, para comenzar de nuevo". En tiempos del descubrimiento y conquista de Nueva Granada (1538) ya debía ser popular esta forma. Volvemos a encontrarla hoy en Colombia. Fray Pedro Fabo del Corazón de María ha recogido a principios del siglo XX en Colombia oriental la siguiente copla:

---

(11) V. Francisco Rodríguez Marín: "El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas", Madrid, 1929, p. 21 y ss. y 26 ss.

(12) Véase W. Beinhauer, Ueber Piropos, en "Volkstum und Kultur des Romanen", 7. Jahrgang, Hamburgo, 1934, p. 133.

Empréstame tus ojitos
para completar dos pares;
que con los míos no puedo
llorar tantas soledades (13).

Obsérvese la semejanza con la copla andaluza

Empréstame tus ojos,
tendré dos pares;
que con uno no puedo
yorar mis males.

Rodríguez Marín nos da una versión tres o cuatrocientos años más vieja, procedente del Romancero general:

Si te duelen soledades
del bien que alegre te estuvo,
ayúdame con suspiros,
del alma consejos mudos.

Además de la solear de cuatro versos se baila y canta en Andalucía la de tres:

¿De qué te sirven los bienes
mientras tú en el mundo vivas,
si hora de salud no tienes?

Y aun tenemos una forma reducida, la llamada soleariya:

Por ti
las horitas de la noche
me las paso sin dormir.

Debo a la bondad de mi colega y amigo Augusto de Olea un disco Gramófono (H. Montes, A. E. 3192) con tres soleares. La impresión musical hace pensar en la influencia morisca, incluso en el origen moro. Esa es, por lo menos, la opinión del autor del artículo "solear" de la Enciclopedia Espasa-Calpe. Por otra parte, puede darse como cosa segura, verbal, formal, histó-

(13) Idiomas y etnografía de la región oriental de Colombia, Barna, 1911, p. 228.

ricamente, la influencia galaico-portuguesa. Las muestras examinadas evidencian como en la solear andaluza se mezclan la chanza y la queja. Dice José Carlos de Luna (14) que por la variedad de su estilo abarcan las soleares los temas más opuestos, y que de la queja del sentimiento torturado pueden pasar a la broma placentera, al requerimiento audaz, seguro del triunfo, a la ternura velada y no correspondida, a la exageración irónica, a la obstinación retadora, al juramento, a la imprecación y a la súplica. Esta mutabilidad, esta conceptista duplicidad de sentido de la forma lírica menor y ligera, aun hoy ejerce su atracción sobre poetas lírico-epigramáticos como Manuel y Antonio Machado. De Manuel Machado, sobre todo, tenemos una serie de deliciosas soleares en tono popular:

La veredita es la misma . . .
Pero el queré es cuesta abajo,
y el olvidar cuesta arriba.

Me va faltando el sentío.
Cuando estoy alegre, lloro.
Cuando estoy triste, me río.

¿De qué me sirve dejarte,
si dondequiera que miro
te me pones por delante?

Otra prueba del mantenimiento y efectividad del sentido verbal objetivo cabe el subjetivo y en él incluso, la veo en el hecho de que de la soledad castellana no haya podido derivarse un calificativo psíquico como el saudoso portugués. Sabido es que saudoso, forma abreviada de saudadoso, no quiere decir en portugués "solitario" o "en soledad", sino "anheloso", "absorto", "nostálgico". Cierto que no han faltado intentos imitativos de la forma portuguesa, pero el soledoso, por ejemplo, que así ha llegado a formarse, ha quedado restringido al uso poético e irónico y en realidad sólo puede escribirse entrecomillado, es decir, haciendo un guiño al portugués. Soledoso suena aún como una traducción

(14) De "cante grande" y "cante chico", Madrid, 1926, p. 33 s.

y es percibido por el sentimiento lingüístico castellano como palabra forastera, y evitado. En Sudamérica parece ser más corriente. Apenas podría hacerse la versión literal al castellano del proverbio portugués "Ausencia tem una filha que se chama Saudade". Lo propio sería aquí en castellano "ausencias causan olvido".

En pro de la gravitación subjetiva de la saudade portuguesa habla la circunstancia de no encontrársela, que yo sepa, aplicada en la toponimia. (A no ser que el título de una obra histórica de Gaspar Fructuoso —1552-91— "Saudades da Terra", que cuenta el descubrimiento y conquista de las islas atlánticas Porto Santo, Madeira, Desertas y Salvagens, quiera considerarse como nombre geográfico de dichas islas. Parece, sin embargo, que el título tiene una significación poética, a imitación de la novela de Bernardin Riveiro, "Menina e Moça" —1554-57—, célebre bajo la denominación "Historia das Saudades"). En cambio, se encuentran lugares llamados Soledade en el Brasil, en las provincias de Minas Geraes y Río Grande do Sul. Es curioso que en el radio lingüístico del castellano sólo encontremos la palabra Soledad como nombre de ciudades, villas, aldeas y montes, en Centro y Suramérica: en Nuevo México, en México, Perú, Colombia, Venezuela y Argentina (15), mientras en el solar español sólo se usa el término Soledad para designar campos, caseríos aislados, quintas y cenobios (16). De todo lo anterior se desprende que la aplicación del término Soledad a la toponimia se inició de modo vacilante y tardío y que, antes de la colonización de América, si es que se observa realmente, sólo es en casos muy aislados y con gran timidez. De la pequeña ciudad colombiana Soledad, en la provincia de Bolívar, sabemos que se llamaba antes Porquera.

---

(15) V. Vivien de Saint-Martin: Nouveau Dictionnaire de Géogr. universelle ,y el Atlas Manual de Andree, 8ª edic.

(16) En el Diccionario geográfico, estadístico e histórico de España de don Pascual Madoz —t. XIV, Madrid, 1849—, figuran con el nombre de Soledad un predio en las cercanías de Palma de Mallorca, un grupo de casas cerca de Ellorregui, Guipúzcoa, y una hacienda en los alrededores de Cañete, provincia de Cuenca.

Finalmente, de modo muy vigoroso, aunque tardío, ha venido a afianzar el valor objetivo de la palabra castellana soledad el hecho de que desde mediados del siglo XVIII, aproximadamente, empezara a usarse como nombre de pila femenino, como "nombre de advocación mariana", es decir, en modo alguno, como el viejo portugués suidade, nombre ocasional de cariño, sino al igual que los demás nombres marianos, que tan archiespañoles nos suenan hoy, María de la Concepción (Concha), Asunción, Encarnación, Natividad, Visitación, Purificación, así como Rosario, Dolores, Consuelo, Angustias, Socorro, etc. En cuanto se refiere al uso de estos nombres marianos en lengua castellana he obtenido preciosa información, merced al interés que bondadosamente se ha tomado en ilustrarme mi muy admirable colega y amigo don Ramón Menéndez Pidal. A la considerada pertinencia —por fuerza impertinente— de mis preguntas y de mis ruegos, hizo que se realizaran investigaciones en libros parroquiales de Madrid, Zaragoza, Sevilla y Barcelona, cuyos resultados resumo muy brevemente aquí. Por nuevos e instructivos que sean los detalles, he de restringirme a lo que puede ser de utilidad precisamente para contribuir a esclarecer el caso de Soledad como nombre de pila.

En contra de lo que esperaban todos los conocedores de las regiones españolas, no encontramos por vez primera este nombre en Andalucía, la tierra de María Santísima, ni en Sevilla, sede de la devoción mariana, aunque en esta ciudad hubiese ya en el siglo XVII una muy famosa Cofradía de la Soledad, sino en Madrid, en el registro de un bautizo de la Iglesia de San Sebastián, del año 1748, es decir, mucho tiempo después de ser conocidas las imágenes devotas, los santuarios y cofradías de la Soledad. En 1630 se publica ya en Madrid el libro "Antonio Ares: Del ilustre origen y grandes excelencias de la misteriosa imagen de Na. Señora de la Soledad de Madrid". No puedo decir a qué imagen se refiere este tratado, si a la "Virgen de la Solitud", tallada por Gaspar Becerra, en 1565, o a alguna otra imagen devota. Pero los antecedentes de esta costumbre de la nominación mariana se remontan a época muy

anterior. La devota consideración de la parte de María en los dolores de Jesús había dado motivo ya en la Edad Media a la institución de una fiesta especial, la Festum septem dolorum Beatae Mariae Virginis. En Alemania se señaló por primera vez el viernes siguiente al tercer domingo después de Pascua como fecha para esta fiesta en el sínodo provincial de 1413 celebrado en Colonia. En 1727 fué declarada de precepto general por la Iglesia, señalándose el viernes después del domingo de Pasión para celebrarla (17). Ahora bien. de estos siete dolores el causado por el estado de la desolación tristísima de la Madre de Dios después del santo entierro, es el último. Y este séptimo dolor es conmemorado especialmente el sábado santo. De donde el que también en los ejercicios espirituales de San Ignacio, se señale el séptimo día de la semana para la consideración "de la soledad de Nuestra Señora con tanto dolor y fatiga".

Planteándonos ahora la cuestión de por qué en la devota España tardaron tanto en ser usuales estos nombres marianos secundarios (no ha podido señalarse documentalmente ninguno antes del año 1615), de las inquisiciones de Menéndez Pidal viene a inferirse lo siguiente:

En tiempos de la Contrarreforma era costumbre en todo el radio de la Iglesia católica romana y no sólo en la zona religiosa española atribuir a un santo, a un teólogo eminente o a un asceta, el sobrenombre del misterio a cuya plática, defensa, glorificación o devoción se había consagrado especialmente. Un religioso portugués del siglo XVI se llamaba Emmanuel de Conceptione, Juan Bautista de la Concepción en español. Soror María ab Incarnatione una carmelita francesa, etc. Con frecuencia pueden haber tenido estos atributos más el sentido de una promesa o de un voto que el de algo ya cumplido. Pasar del atributivo religioso al advocativo y apelativo es cosa fácil, algo que en medio de virtuosos profesionales del servicio divino, no tropieza con obstáculos. Mucho menos natural, diríase que imposible, tuvo que haber sido para los seglares atribuirse tama-

(17) V. Ludwing Eisenhofer: Hanbduch der Katholischen Liturgik, T. I. p. 596 s. Freiburg i. Br. 1932.

ños títulos de gloria, dedicativos y "noms de bataille". Lo corriente era la humilde y devota costumbre de dar a los recién nacidos, al bautizarlos, el nombre del santo del día en que habían nacido. Por necesidad de amparo y en señal de creyente confianza se hacía del natalicio el día onomástico. Mas he aquí que el año 1614 se encendió en Sevilla una enconada disputa entre las órdenes mendicantes sobre la doctrina de la Inmaculada Concepción de María. Las discusiones fueron tomando incremento y se propagaron por toda España. No menos de ciento sesenta impresos sobre el tema salieron a la luz en los años 1615-65. En los años 1615-19 se celebraron grandes fiestas en honor de la "Inmaculada" en Sevilla, Granada, Salamanca, Baeza, hasta en Lima del Perú. En tal sazón escribió Lope de Vega, por encargo de la Universidad de Salamanca, su desenvuelta pieza festival "La limpieza no manchada", representada en octubre de 1618. La lectura de esta obra en la que sutilezas dogmáticas, fresca poesía popular, agreste y chancera lozanía, burla estudiantil, cantos de indios y andanzas de negros, alegorías y teatral artificio se mezclan despreocupadamente, nos ofrece un trasunto, más fiel que todas las estadísticas bibliográficas, de la excitación que se había apoderado de los ánimos, prendiendo en el pueblo todo, con motivo de la disputa teológica sobre la Inmaculada Concepción de María (18). Para celebrar la fiesta de la Inmaculada se había fijado ya desde el Concilio de Basilea el 8 de diciembre y en diciembre de 1615 fué bautizada, por primera vez una niña nacida en Sevilla con el nombre de María de la Concepción. Y en 1637 fué bautizada, también en Sevilla y con el mismo nombre, una esclava morisca. En Madrid se da el primer caso el primero de enero de 1622 en la Parroquia de San Sebastián. Queda ya abierta la puerta . . . A partir de 1625 y 1641, respectivamente, encontramos nombres marianos semejantes —Presentación, Asunción, Encarnación— en las fés de bautismo de Madrid y Sevilla, y algo más tarde en Zaragoza y Barcelona. La creciente popularidad de estos nombres,

(18) Se incluye la obra en el t. V de las obras de Lope de Vega p. p. la Academia española, Madrid, 1895, p. 195 ss.

de los cuales Concepción (Concha) sigue siendo el más frecuente, queda evidenciada por el hecho de que se registren los bautismos con dichos nombres marianos en meses distintos a los correspondientes en cada caso a la fiesta preceptuada por la Iglesia. Parece que en muchos casos daban la pauta los nombres de las hermanas de los Conventos vecinos.

Otro grupo de nombres marianos trae su origen de menos dogmáticos y litigantes impulsos, de una devoción de índole más apacible, ya aparezcan ligados a determinados santuarios e imágenes devotas, ya reposen en momentos psíquicos y estados de ánimo atribuídos a la Santísima Virgen. No es fácil aquilatar exactamente estos motivos, porque muchas imágenes de María están temperamentalmente matizadas y las designa, según la expresión psíquica que representan, como imagen "dolorosa", "misericordiosa", "auxiliadora", etc. Con frecuencia la elección del nombre de pila está determinado por un acontecimiento eclesiástico, una gran procesión, etc. Así, por ejemplo, el nombre de María del Pilar, vinculado como es sabido a Zaragoza como sede de la Virgen del Pilar, aparece como nombre de pila por primera vez en Madrid, dando a ello motivo la procesión del año 1675. A su vez otros nombres tienen un límite local, como el curioso nombre de Monserrada, que se registra ya desde fines del siglo XVI. Sólo encontramos este nombre en territorio catalán, como homenaje a María del Monteserrat. María del Sagrario es nombre solariego toledano, María de la Almudena matritense, etc., etc.

En nuestra María de la Soledad —por modo semejante a lo que acontece con Dolores y Angustias— parecen confluir dos clases de motivos: a la memoración de los días de Semana Santa y los dolores de la Santísima Virgen, viene a unirse el recuerdo de los santuarios e imágenes de Madrid, de Granada, de Sevilla, alusivos a dichos dolores. En los cuadros y en la imaginería apenas empieza a precisarse típicamente María de la Soledad antes de 1670, y ello ocurre por vez primera en Andalucía. Pero el nombre de pila Soledad no ha podido encontrarse, hasta ahora, en los libros parro-

quiales de los siglos XVI y XVII, examinados por Menéndez Pidal. Se incluye entre los nombres marianos tardíos. En el conocido romance "Supuesto que me han pedido", sobre nombres y cualidades femeninas, en el que se inserta una serie de nombres marianos, como Concepción, Dolores, Carmen, Merced, Esperanza, Rosario, Pilar, Guadalupe, Loreto y Encarnación, buscaremos Soledad inútilmente. Cierto que es difícil precisar la fecha del romance, que ha llegado a nosotros en un folleto del siglo XVIII (19). Mas puede, no obstante, considerarse como cosa segura que Soledad no pertenece a los nombres marianos motivados dogmáticamente y que sólo de indirecto modo le fué preparado el terreno por la controversia sobre la Inmaculada Concepción. Por su naturaleza alude antes Soledad a la devoción burguesa, doméstica y ya un poco sentimental del siglo XVIII, el siglo de los sainetes populares de Don Ramón de la Cruz, según observa Menéndez Pidal, a quien en esta cuestión cedemos, como es de razón, la última palabra.

La aportación de hechos, tanto en lo que se refiere al aspecto verbal como en lo que respecta a la significación, desde el punto de vista histórico, tal como nosotros, compendiadamente y a grandes rasgos, la hemos intentado aquí, podría fácilmente desvanecerse en la imprecisión si dejáramos de formarnos un concepto claro de qué cosa es la soledad cabalmente. Sólo una vez amurallado el fundamento lingüístico de la palabra soledad en el terreno lógico del concepto correspondiente, podremos pasar a la consideración de la historia de la poesía que se encarama y enreda en esta armazón con la fronda de su ramaje y la lujuria de sus brotes.

El concepto soledad.

La soledad completa no se da en el reino de los seres vivos. Todo ser vivo tiene su mundo, su medio, en el que crece y se desarrolla y del que sólo le arranca la muerte. Ni es lógicamente imaginable un sujeto so-

(18) V. Agustín Durán: Romancero general, B. A. E. t. XVI, p. 407 ss. (1355).

litario, un sujeto sin objeto. Si el sujeto pensante se aisla, este acto se logra sólo a costa de hacerse a sí mismo objeto de su pensar, de oponer su yo a un tú o a un no yo, su ser así a un ser de otro modo, su unidad a una pluralidad o multiplicidad, su aquí a un allí, su ahora a un antes o después, su estado absoluto a una relación, su independencia a una dependencia, su libertad a una vinculación, etc. Sólo se da, pues, una soledad relativa o aproximativa y nunca una soledad total, ya se aspire a ésta como fin último, o se eluda. Si el lenguaje fuera lógico nunca debería hablarse de soledad pura y simplemente, sino de una inclinación o un desvío por lo que se refiere a ella.

Cuando nos restringimos a las circunstancias humanas solemos oponer soledad y sociedad. Ahora bien: ¿cuál de los dos estados ha de considerarse como el más natural? Por lo pronto el social, no hay duda. Así lo vieron los antiguos, así lo vió Aristóteles y hoy mismo nos inclinamos nuevamente a ver el caso normal y natural en el hombre que vive en sociedad y a la comunidad se atiene, considerando, en cambio, al solitario como una excepción más o menos contra o extranatural. La lengua portuguesa, de la que partimos, parece también situarse en este punto de vista. Pues si el estado de soledad se equipara sin más al de anhelo, nostalgia y languidez, tal como en el sentido verbal de saudade ocurre y hasta cierto punto también en la palabra castellana soledad, este juego de significados ha de basarse, ciertamente, en un modo de pensar sociable y propicio a la comunidad.

Pero hay también épocas y pueblos en que el individuo solitario figura como norma, como prima naturaleza, y se le exalta como dechado, repudiándose en cambio a la sociedad como cosa bastardeada y contranatural o a lo natural remota. Son los llamados pueblos y épocas pesimistas, que, por desánimo o por el desengaño de una desdichada experiencia, abominan del estado cultural de la sociedad que padecen, como, por ejemplo, los indos, la Antigüedad declinante, los días de Cristo y de los estoicos, el siglo de Rousseau y Kant, así como los snobs primitivistas de nuestra época y,

más o menos, los empollones desabridos de todos los tiempos. Pero es que pesimismo y optimismo no son algo absoluto, sino direcciones de nuestro saber y entender, de nuestro querer y desear. Son algo que alterna en el tiempo y se templa en virtud de este cambio, al modo como los estilos de vita activa y vita contemplativa se condicionan y reemplazan o se combinan. Por lo demás no siempre, ni de modo absoluto, trae lo contemplativo aparejada la cosa de la soledad, ni lo activo va de la mano de lo social siempre. El solitario puede mantenerse dentro de lo activo y dentro de lo contemplativo el solitario, excepcionalmente por lo menos. Claro que un hombre radicalmente activo se adscribirá, a la larga, difícilmente a la soledad, ya que a la postre advertirá que es desfavorable a su naturaleza, así como, viceversa, el contemplativamente predispuesto huirá de la sociedad una vez y otro, y buscará su soledad por lo menos temporalmente, encontrando en ella consuelo, recogimiento y sosiego. Con este asunto de sociedad y soledad entramos de plano en el terreno arbitrativo de las inclinaciones, de los instintos, del agrado, de la llamada cuestión de gustos, y con ello también en el reino de la poesía.

A veces, sin embargo, diríase que la laxa y casi caprichosa relación de reciprocidad entre "solitario" y "social" ha de adquirir una rígida intensidad. Y ocurre esto, efectivamente, allí donde la soledad es elevada a valor religioso y petrificada en lo absoluto, es decir, allí donde es desvalorizada la vida entera con toda su multiplicidad y toda la trabazón de sus criaturas, donde el espíritu absoluto niega todo lo vivo como mengua y pecado. El budismo representa, con rigor pleno, esta creencia. El cristianismo sólo se sirve de ella ocasionalmente, sólo cuando se trata de quebrantar corazones endurecidos, orgullos desalmados. Fué el apóstol San Pablo quien en el pensamiento cristiano introdujo las ideas de la impureza y abyección de la naturaleza humana y el concepto del pecado original, tomados del pesimismo oriental y helenístico. Con ello se abrió plaza, hasta cierto límite, en el sagrado de la Iglesia cristiana a los anacoretas, a la expiación cenobítica y a formas de vida

monástica. Podría también determinarse conceptualmente la cuestión diciendo que a los occidentales la soledad les es familiar como concepto relativo y privativo, no como concepto absoluto y universal. La soledad, por mucho que se intensifique, jamás coincide totalmente en nuestra conciencia con el concepto de la unidad del universo. Por grande que nuestra soledad sea, siempre tenemos en el propio pensamiento algo que nos acompaña. Sólo en el grado de destrucción extática de la conciencia y el místico olvido de sí mismo coinciden soledad y unidad del universo.

Los místicos de Occidente, bajo la sugestión de los místicos orientales, aspiraron también, es cierto, a este grado último, a esta noche profunda, cabalmente en España. Ahora bien, no como base de nuestra consideración, sino como caso de confín solamente tiene importancia para nosotros esta fase. Señala el punto de crisis en el tránsito de tono pesimista al matiz optimista de la idea de la soledad, o bien el paso de la afirmación a la negación de los estados sociales y los estilos sociales de vida. Dicho de otra manera, la soledad como noche mística supone para nosotros una fase de tránsito, una especie de zona oscura en la senda espiritual, y esto desde el penitente de los tiempos medios al idílico humanista y desde el ascetismo barroco a la ilustración filosófica, en una palabra: dentro del proceso que va del desprecio del mundo a su renovación y elucidación. Pero no vamos a silenciar el riesgo de esta zona, ni a dejar de encararnos con el hecho de que frecuentemente ni aún los mejores logran consumar el tránsito, y quedan en la noche de su vital negación adormidos.

(Traducción de Ramón de la Serna).

K A R L V O S S L E R

L A S E L E G I A S

(EL DESOÑADO)

En el alba engendraste mi alma perdurable.
El cuerpo ya era sobre la seca tierra,
entre niebla e inocencia por las formas herido.
Fué tu voz quien condujo el destino a mis ojos,
revelando al dolor la razón de la llaga.
Recliné en tu pecho mi fatiga de hombre
y soñaste en mi nada estas alas que porto.
El aire y el espacio también tú los creaste
y maduró la vida sostenida en tu sueño.
Despertar no debía, mas en mi propio cuerpo,
un grito derribado clamaba por el sol.

Y dije apasionado: No quiero que me sueñes.
Quiero herirme en la luz y en la tiniebla ajena,
ser dueño del destino y el sentido profundo
que en armonía tejen los actos de los hombres.
Tengo alas que vibran y que en tu aire denso
cual almendros de yelo se quiebran tristemente.
Y este amor, esta ansia que despierta en mi sangre
quiere ser en las carnes inviolado recuerdo.
Oh, cuanto exista mi ser cantara tu presencia,
pues raíz eres tú que para mi vida labra
el sonido, la forma y el hálito de amor.

Con el lento cansancio de quien oye palabras
sabidas de antemano, por el tiempo ya dichas,
con la espesa fatiga del que dibuja un sueño
que la primera luz destiñe con sus pasos,
tú me olvidaste. Yo ignoré tus lágrimas:
mis ojos embebidos en su claror naciente
ciegos estaban para todo llanto.

Sentí caer mis alas sobre una aurora fría,
en un silencio vasto de mármoles quebrados,
donde el aire paseaba en soledad absorta
y la muerte brotaba donde la propia vida,
escondiendo su rostro tras laureles eternos.

Ya mis ojos se hirieron en el temprano otoño
de las luces y formas, mordidas por la sombra.
Una luz muy triste coronó mi figura.

Tener el infinito sin amor es la nada
y querer es donarnos al más incierto ensueño
y en un perfil morir que no es el nuestro.

Vi mi libertad cual una ciudad desierta,
como una niebla dura donde nada creciera,
vi la pena, el amor, irguiendo sus espinas,
el tiempo indiferente que nos deja, llevándonos,
vi nombres ya marchitos, y manos desoladas,
y ser sólo el recuerdo en memorias de humo.

ROQUE ESTEBAN SCARPA

EL PORVENIR DEL HOMBRE.

Al cabo de un año largo, se ha llegado a saber que la bomba atómica produce efectos más duraderos y secretos que los inmediatos a su explosión. La experiencia de Bikini fué, hasta cierto punto "consoladora". La mayoría se imaginaba que no iba a quedar ni rastros de los buques de guerra que sirvieron de blanco, y que todos los animales desaparecerían. Pero al ver que algunos barcos ni siquiera se habían hundido, y que muchos animales permanecían vivos, algunos respiraron con cierto alivio. Sin embargo, los estudios médicos realizados hace poco tiempo entre los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki, han sido reveladores. Los efectos de la bomba atómica sobre el organismo humano, en aquéllos que aparentemente no sufrieron heridas o mutilaciones externas, son espantosos. Una influencia dañina sobre los órganos genitales, influencia oculta, de lenta y segura acción, amenaza a los hijos y nietos de los que se "salvaron" en las ciudades bombardeadas. Debilidades congénitas, ceguera, predisposición a numerosas enfermedades, esterilidad, y la amenaza de una generación nacida para la pronta muerte, es el resultado general de estas experiencias de los físicos. Es decir, que los efectos de la formidable máquina inventada para terminar guerras, han de producir en la humanidad tan nefastas consecuencias, que pueden exterminarla más dolorosa y seguramente que los propios conflictos bélicos. Delicias del progreso bien llevado y de la satisfacción intelectual del hombre soberano.

SELECCION MAS O MENOS NATURAL

Una de las cosas inadmisibles en el hitlerismo fué aquel culto del seudo-mejoramiento del hombre mediante procedimientos antropotécnicos e intervenciones en la íntima libertad e integridad de la naturaleza física.

Pero ahora vemos que los científicos de los pueblos vencedores empiezan a preocuparse intensamente del posible "mundo mejor" y aceptan, con otros colores, por supuesto, los principios que ayer les hacían verter lágrimas de indignación. En publicaciones francesas recientes, Georges Mounin y Jean

Rostand estudian la posibilidad de una humanidad encantadoramente perfecta. Rostand sostiene que "de ahora en adelante, es innegable que adoptando por nuestra cuenta los mismos métodos que se han probado en la cría de animales y en agricultura, y que nos han conducido a aumentar la cantidad y calidad de la lana, la carne, la leche y los huevos, podríamos, en el espacio de unas cuantas generaciones, elevar de un modo muy apreciable el nivel físico e intelectual de la humanidad... Pero para obtener tal resultado —continúa el conocido biólogo francés— tendremos que recurrir a procesos de selección reproductora que, bien conocidos por los criadores, permitan, partiendo de algunos individuos de "élite", transferir a la mayoría del rebaño (esta es la palabra que usa: TROUPEAU) al menos una parte de sus cualidades hereditarias".

En el párrafo siguiente, muestra su repugnancia ante la posibilidad de tratar a la humanidad como a los animales, y dice que "bajo ningún pretexto consentiremos en tomarnos por bestias, aunque la biología nos asegure que éste sea el único medio de acentuar la separación entre los animales y nosotros". Pero, acto seguido, en el mismo ensayo, termina: "A medida que se extienda la ciencia de lo hereditario, a medida que los asuntos de reproducción vayan perdiendo su carácter de indecencia y de misterio, a medida que el hombre adquiera una visión más precisa de cuanto debe a la técnica en todos los dominios, a medida que, en su propio interés, llegue a racionalizar la procreación, tal vez se acostumbre a la idea, hoy tan chocante, de una selección humana".

• DELICADEZA DE SENTIMIENTOS, O LA CULPA NO ES DE NADIE.

Daniel Rops ha publicado, hace unos meses, un libro titulado "Jesús en su tiempo", profundo, claro, documentadísimo, tratado desde un punto de vista cristiano, en el que se presenta la vida del Redentor considerada históricamente, pero sin complacencias racionalistas, antes al contrario, animado por una ardiente fe que se complementa con la verdad histórica y el análisis de los hechos reales. Hay un pasaje de este libro, relativo al proceso de Cristo, que dice: "El rostro de Israel perseguido llena la Historia, pero no puede hacer olvidar aquel otro rostro manchado de sangre y de escupitajos, del que la multitud judía no tuvo compasión". Este párrafo ha suscitado varias reacciones indignadas. Primero, el profesor Jules Isaac, en una carta publicada en la revista "Europe", ha hecho estallar el escándalo. Después, Stanislas

Fumet, lo ha continuado en "Les Lettres Francaises". Monsieur Fumet no desdeña colaborar con el comunismo en estos momentos. Es uno de esos casos tristes que dejan ver las crisis lamentables por que pasan los pueblos y los hombres en los años turbados y confusos que vivimos. El autor de tantas obras resplandecientes ayer por su catolicismo, ha fundado, al parecer durante la guerra, una publicación semanal y una organización por la libertad, que le va llevando, despaciosa y entusiastamente, por la cuesta abajo de la complacencia colaboradora con los negadores esenciales del orden cristiano, que tiene su base imprescindible en lo sobrenatural.

Fumet, muy del momento, muy de acuerdo con su posición de mano tendida, ataca a Daniel Rops (en el semanario comunista citado) por este párrafo. Es un párrafo antisemita, que no hay derecho a escribir en estos momentos, cuando han sido vencidos los odios de raza. Fumet se olvida de aquello de "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos", que no lo ha escrito precisamente M. Daniel-Rops, sino otro autor mucho más digno de crédito. En el alegato de Fumet aparece, con relación al proceso de Cristo, el nombre "Gestapo". ¡Qué delicadeza, qué humanitarismo tan sutil es éste a que hemos llegado!

● LAMENNAIS DE ACTUALIDAD.

Otro escritor católico, según dicen, es Loys Masson, que empieza a lucir en las nuevas letras francesas. Acaba de publicar un ensayo sobre el pobre Lamennais, en el que enaltece la memoria del famoso renovador y recalcitrante rebelde frente a la Iglesia, del excomulgado de la Chesnaie. El artículo empieza con un aterrorizado grito ante la posibilidad de que la Inquisición sea restaurada en el mundo, —sin que venga a cuento— con una queja por "los gruñidos antisoviéticos de Mr. Bevin". Después se habla de la amenaza de una internacional negra (sin aludir para nada a la de una internacional roja) y se coloca a Lamennais como un mártir de las ideas renovadoras. Todo está hecho con una habilidad escurridiza y resbaladiza. Se procura contemporizar, no decir nada directo contra los que condenaron a Lamennais, juzgar las cosas por fuera, pero lo cierto es que el fundador de "L'Avenir" aparece como una víctima del oscurantismo y como uno de los hombres importantes que la Francia actual debe tener presentes. Que no se aleje Lamennais, es lo que pide M. Loys Masson, cuyo artículo termina con esta equilibrista afirmación: "Repito, para que todo equívoco sea disipado, y que aquéllos que me espían y observan (pienso en el

R. P. Barjon, de "Etudes") queden desarmados: al hablar de Lamennais, no es que yo piense rebelarme como él y con él. Lo cito solamente como símbolo, y sin duda que no puedo encontrar otro más brillante: de un esfuerzo constante, desinteresado, estoico a pesar de los peligros, hacia una religión liberada de las incidencias temporales, mejor dicho, rejuvenecida. Pues este excomulgado es, a pesar de todo, el que nos muestra el camino".

Ni una palabra sobre Lacordaire y los otros. La verdad es que para este católico que no quiere rebelarse, la Iglesia es un asunto de poco más o menos.

● JUGANDO A LOS SOLDADOS.

Molotov pidió, hace ya unos meses, una reducción mundial de los armamentos y la abolición de la bomba atómica. Stalin declaró que los rusos no tenían más que sesenta divisiones en Europa Occidental, en tanto que, pocos días antes, anunciaba que 200 divisiones rusas, en pie de guerra, estaban apretadas desde el Báltico al Mar Negro. Las revelaciones, las acusaciones y las refutaciones se suceden en los periódicos eslavos y anglosajones, con intermitencias de calma, cuando se dedican a hacerse carantoñas pasajeras.

De 1.700,000 hombres, los ingleses tienen 473,000 en Europa, 234,000 en el Cercano Oriente, 150,000 en la India y Birmania, 20,000 en las Indias Holandesas y 38,000 en el Japón.

De 3.000,000 de soldados, los americanos tienen 329,000 en Europa, 26,000 en Alaska, Groenlandia e Islandia, 50,000 en Corea, 29,000 en China Central, 65,000 en las Filipinas y otras islas del Pacífico, 140,000 en el Japón y 50,000 en Panamá.

Y, en fin, de 5.000,000 de hombres, los rusos mantienen 725,000 en la Europa ocupada, 946,000 en los países satélites y en las fronteras turco-iranias, 75,000 en Manchuria y 190,000 en Corea.

Ante semejante cuadro, los dos grupos presentes no dejarán de indignarse. Los rusos argumentarán que los Estados Unidos mantienen fuera de sus fronteras el 23 % de sus fuerzas, e Inglaterra el 54 %, en tanto que Rusia no ha enviado al extranjero sino el 36 % de las suyas, a pesar de la longitud de sus fronteras terrestres. Por su lado, los anglosajones no dejarán de hacer ver que ellos no tienen más que 80 divisiones en armas, cuando Rusia mantiene 200 sólo en Europa.

Cerca de dos años después del final de las hostilidades, hay todavía en el mundo demasiados soldados, cruceros y bombarderos. Es una linda manera de llevar a cabo el Desarme.

¿LIBERTAD RELIGIOSA?

Es continua la campaña del protestantismo por una pretendida libertad religiosa en los países católicos. Por su excepcional autoridad damos a continuación un reciente artículo del P. Murphy, jesuíta norteamericano, profesor de Teología del Weston College de Boston, publicado en la revista javeriana de Bogotá.

La oposición universal de la jerarquía católica de Ibero-América a la "invasión protestante" es una auténtica reacción católica contra la propagación de la herejía entre los hijos de Dios. Serían a la verdad pastores indignos si dejaran de llamar la atención de sus fieles acerca de la amenaza a la integridad de su fe y a nuestra unidad católica. Los pueblos de Suramérica tienen tanto derecho de proponer los términos de relaciones interamericanas como los Estados Unidos.

Los países iberoamericanos deben estar alertas contra las actuales tácticas sutiles de sus enemigos religiosos. No hay nadie que ponga en tela de juicio que las sectas protestantes han sido, son y —podemos suponerlo— seguirán siendo enemigas del catolicismo. La estrategia actual del protestantismo consiste en hablar alto sobre libertad de religión. Muchos de ellos pretenden que el moderno movimiento por la libertad debe imputarse directamente a su influjo en el mundo. Constantemente están señalando a Inglaterra y Estados Unidos con sus libertades como producto del pensamiento protestante. No están, en cambio, muy prontos para proclamar todos los horrores que están abrumando a la Humanidad a causa de la libertad que pretenden haber patrocinado. Es táctica actual de los protestantes el lanzar a la Iglesia Católica a la defensa, sugiriendo e insinuando que los católicos no conceden libertad de religión, que los países católicos privan a las sectas no católicas de su derecho natural para propagar sus credos.

Un conocimiento superficial de la historia nos demostrará que los protestantes no amaron siempre en tan alto grado esta clase de libertad que ahora, a tambor batiente, predican al mundo, y que tan descaradamente exigen de los países católicos. Basta recordar la supresión, a veces brutal, del catolicismo en Inglaterra, Noruega, Suecia, Finlandia y los Estados Unidos para verificar que el amor a la libertad no ha sido siempre una virtud protestante. Basta recordar el bagaje de odio, de desfiguración y propaganda que amontona el protestantismo auténtico para verificar que este clamor de ahora por la libertad no es genuínamente protestante. Sería error lamentable si los países o los Gobiernos de Suramérica se dejaran arrastrar por esta novísima propaganda por la libertad. El protestantismo espera con esto poner trabas a

los gobiernos para que se vean constreñidos a abrir las puertas de esos países a la diseminación al por mayor del protestantimo divisionista. Los católicos deben recordar en todas partes una vez más el "Syllabus de Errores Modernos", recopilado bajo Pío IX. La integridad de nuestra fe católica y la estabilidad de nuestra católica unidad pueden ser aniquiladas hábilmente por medio de esta moderna doctrina acerca de la libertad espuria, de la que el protestante no es el último apóstol.

Nuestra fe católica nos enseña que nadie puede lograr el camino de salvación eterna; menos, alcanzarla en cualquier religión y guiado sólo por la luz de la razón. Enseña ella que el protestantismo no es simplemente una forma diferente de la única verdadera religión cristiana, en la que un hombre puede agradar a Dios de la misma suerte que cuando está dentro de la Iglesia católica. El protestantismo, en todas sus múltiples formas, es una herejía, y como tal, cuando se presenta entre católicos, es nada más que un lobo vestido con piel de oveja. Y porque es una herejía carece de todo derecho delante de Dios. No tiene derecho de existir y, por ende, no posee derecho de propagarse. Esto es lo que tenemos que sostener como católicos si creemos que la Iglesia es el medio divinamente establecido para la salvación. La jerarquía de Iberoamérica merece la alabanza de todos los católicos por haber mantenido su firme posición católica acerca de este conturbador problema. Es la actitud de la Santa Sede, que ha invitado a estas sectas a volver a la unidad de la fe y a no propagar sus odiosas divisiones so capa de libertad religiosa.

Aquí, en Estados Unidos, nosotros conocemos algo de ese amor protestante por la libertad. Nuestra historia recuerda varios ejemplos de su odio y persecución a los católicos. Uno de los más destacados ejemplos de los tiempos recientes fué la furia y la acometida protestante al catolicismo cuando Alfredo Smith, católico, era candidato a la Presidencia en 1928. Los protestantes echan en olvido con gran facilidad y rapidez, sus propias tácticas al profesar ahora amor a la libertad. En la época actual la Iglesia católica es el blanco constante de los tiros de los jefes protestantes. La queja de que los gobiernos y los eclesiásticos de América del Sur resisten la infiltración protestante se ventila ampliamente. La jerarquía de los Estados Unidos es violentamente criticada porque ha expresado su simpatía a los Obispos de Iberoamérica en su lucha contra la amenaza protestante. Se acusa a los católicos de Norteamérica de haber forzado al Departamento de Estado a rehusar dar pasaporte a ministros protestantes que están impacientes por lanzar su última campaña divisiona-

ria en Suramérica. Esos ministros parece que no acaban de entender que son indeseables; a quienes los países de Iberoamérica tienen pleno derecho de excluir, ya que amenazan el orden interno del Estado. Las revistas protestantes andan constantemente agitando la amenaza de la jerarquía católica en los Estados Unidos. En ellas se presenta a los eclesiásticos iberoamericanos como francos o secretos fascistas, aunque aquí haya un número más que regular de ministros protestantes que son simpatizantes declarados del comunismo. Constantemente vuelven sobre lo que ellos llaman el atraso e indolencia de la Iglesia en Suramérica. En ellas se pinta a los fieles de Iberoamérica como llenos de superstición e idolatría. Mientras a sí mismos se presentan como mensajeros de la luz y de la libertad social y religiosa ante las masas oprimidas de nuestro continente. Gobiernos progresistas son para ellos los que permiten a los protestantes la entrada en sus países. Los gobiernos que les ponen coto y los excluyen se llaman retrógrados.

Sería un error fatal el que los católicos de Iberoamérica se sometieran a la definición de libertad que dan los protestantes norteamericanos. Si vosotros no aceptáis su definición de libertad al punto os señalarán a todo el mundo como enemigos de la libertad por el solo hecho de hacerles frente. Nosotros debemos mantenernos firmes en nuestra definición de libertad. Los protestantes no aceptan esta definición católica, porque ven claramente que ella condena su idea de libertad y su posición. No hay razón para que nosotros aceptemos su definición de libertad, sobre todo sabiendo como sabemos que ella se ha inventado para condenar la única religión autoritaria que queda en pie en el mundo. Hay que recordar siempre que la definición protestante de libertad no tiene nada que ver con la verdad o la autoridad, al paso que son inseparables de nuestra definición de libertad. Nosotros sostenemos que enfrente a la verdad el entendimiento no es libre de aceptar o rechazar. Sostenemos que la autoridad, sobre todo la religión revelada, es una sabia institución divina que posee el derecho de ser obedecida. En cuanto a la verdad, muchas son las sectas protestantes que han dejado de sostener ya que poseen toda la verdad cristiana. Por lo que atañe a la autoridad, los protestantes apelan a la Biblia y al juicio privado, lo cual viene a significar que no existe ninguna autoridad religiosa en el protestantismo. Aquel género de obediencia que profesan están sometido a un Cristo forjado por ellos, no al Cristo conservado en la doctrina y en la tradición católicas y cuya autoridad fué comunicada a su Vicario en la tierra. En el momento en que nosostros rindiéramos nuestra idea católica de poseer toda la verdad re-

velada y la autoridad del Vicario de Cristo, daríamos por buena la definición protestante de libertad. Pero es tan absurda dicha definición de libertad, que hay ministros aquí en los Estados Unidos afiliados a organizaciones controladas por el comunismo, empeñadas en la extensión universal del comunismo y en la destrucción de la democracia. Son muchísimos los ministros protestantes masones que ya no profesan nada del cristianismo. Tan sorprendente es esta libertad protestante que ya no logran convenir en ninguno de los grandes principios cristianos, y sólo convienen en su hostilidad a la Iglesia Católica. Debemos, pues, permanecer firmes en nuestra definición de libertad, la cual, por lo que a la verdad se refiere, no admite libertad para propagar errores. Debemos aferrarnos a ella, a pesar de que se nos desacredite ante el mundo como intransigentes, oscurantistas y retrógrados por parte de los protestantes.

X. Y. Z.

NOVEDADES "SPLENDOR"

ESTUDIO COMPARADO DE LAS RELIGIONES, por H. Pinard de la Boullaye (2 volúmenes) .... $.375
LA CRISTIANIZACION DE LAS EMPRESAS, por M. Brugarola 60
LA ACCION SOCIAL DEL SACERDOTE, por Joaquín Azpiazu 42
LUMUNANTU (Luz del bosque). Araucanía Misional. Una historia novelada, por un P. Capuchino 35
ACCION CATHOLIQUE et Action Sociale. Compte rendu des Cours et Conferences. Semaines Sociales du Canada 73
TRATADO DE PSICOLOGIA EMPIRICA Y EXPERIMENTAL, por José Frobes, S. I. (2 vols., con 1,500 páginas) 715
HISTORIA GENERAL DE LA EDUCACION, por Juan Carlos Zuretti 77
PROBLEMAS ACTUALES DE LA PEDAGOGIA, por J. de la Vaissiere, Sertillanges, etc. 66
GRANDES MAESTROS DE LA PEDAGOGIA CONTEMPORANEA, por Francisco de Hovre 154
EDUCACION Y EQUILIBRIO, por Kieffer 80
LA AUTORIDAD EN LA FAMILIA Y EN LA ESCUELA, por Kieffer 90
y muchos otros libros, que está recibiendo constantemente esta Librería, de Argentina, España, Francia, Canadá, etc.

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"
Santiago: Av. B. O'Higgins 1626 — Cas. 3746 — Tel. 89145
Valparaíso: Independencia 2042 — Cas. 3296 — Tel. 7168

CRISTAL DE LIBRERIA

"PARADOX, REY", por Pío Baroja. — Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina. 1947.

Baroja tiene la virtud de la sinceridad que da a sus páginas ese tono sencillo, de cosa hecha sin técnica, caprichosamente, que las hace fácilmente legibles, interesantes, sin que se pueda atribuir esa atracción al estilo ni a lo mismo que relata, sino que procede de cierta gracia, de cierta honradez natural que amalgama la crítica y la poesía.

Baroja es un escritor con gracia, aun cuando ella toque la malicia antiamericana ("allí donde se viva naturalmente; allí donde no haya generales americanos"); un buen definidor de tipos, principales o episódicos, acusados por dos o tres rasgos de su lenguaje o de su cultura. Esta novela, libre de una técnica definida, pues está concebida en diálogo con intermedios líricos y una valoración anímica, tanto de las fuerzas de la naturaleza, como de los irracionales y los humanos, presenta de una manera fácil ese pesimismo trascendente que caracteriza la base de su pensamiento. Se le ha negado habitualmente vuelo lírico al novelista, pero quien lea con atención podrá comprobar una poesía en tono menor en su tono nostálgico o desencantado: buena prueba es el "Elogio sentimental del acordeón" que intercala en el relato. Lo que sucede es que todos reparan en su sarcasmo, en sus opiniones desgarradas: "La moralidad no es más que la máscara con que se disfraza la debilidad de los instintos. Hombres y pueblos son inmorales cuando son fuertes"; "Está bien que fundemos escuelas, pero creo que debemos establecerlas sin maestros . . . sin profesores, sin autoridad, si les parece mejor"; "El profesor es una especie de papagayo del género Psittacus, familia de los loros"; o en el tono burlón con que resuelve la disputa salomónica de dos hombres que se disputan una suegra: "Tú, el que la quieres mal, eres el yerno. Llévate a tu mujer y a tu suegra". Pero, en el fondo, hay siempre un equilibrio entre esta realidad, mirada con un lente de desencanto y esa luz de gloria que su poesía deja caer sobre la naturaleza y algunos personajes.

La cualidad esencial de Baroja reside en que su lectura es fácil, agrada aún cuando reaccionemos ante sus opiniones, interesa y entretiene. Su filosofía va escurriéndose entre los episodios y descripciones. Creímos habernos entretenido solamente y hemos tocado hondos problemas humanos. Por virtud de su maestría, pudimos compartir las vidas ajenas y crecer en sustancia vital.

R. E. S.

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores CORREDORES DE PROPIEDADES en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071, que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades, cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigorosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE CONFIANZA

Banco de Chile **Segundo Piso**

IMP. "EL ESFUERZO", EYZAGUIRRE 1118. - SANTIAGO

Precio: $ 8.40